666 Zapata

El anillo de hierro

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 23—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 67 á 69)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

EL ANILLLO DE HIERRO.

EL ANILLO DE HIERRO,

DRAMA LÍRICO

EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

MÁRCOS ZAPATA,

MÚSICA DEL

MAESTRO MARQUÉS.

resentado en el Teatro de Jovellanos el 7 de Noviembre de 1878.

QUINTA EDICION.

SIMON Y COMP.A
18, Infantas, 18
LIBRERIA. — MADRID

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18
1882.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA, hija del Conde William Belfort.....	Sra. Franco.
LEDIA, aya de Margarita.....	Baeza.
RODOLFO, pescador.....	Sr. Dalmau.
EL ERMITAÑO RAMON.....	Ferrer.
EL CONDE WILLIAM BELFORT...	Banquels.
RUTILIO GUÁLTER, baron de San Marcial.....	Sala.
TIBURON, compañero de Rodolfo...	Tormo.
UN NOTARIO.....	D. N. N.

Servidumbre del castillo de William Belfort, pescadores y gente de la aldea.

La accion de la fábula se supone en las costas de Noruega, á fines del siglo XVIII.

Por derecha é izquierda entiéndanse las del espectador.

Esta obra es propiedad de los Sres. HIJOS DE A. GULLON y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los editores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática titulada El Teatro, de dichos Sres. HIJOS de A. GULLON son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A BLANCA PORCEL

MARQUESA DE VILLA ALEGRE Y SAN MILLAN.

En testimonio de entrañable afec-
to y cordialísima amistad

El Autor.

678316

ACTO PRIMERO.

Una aldea en las costas de Noruega.—Á la derecha del espectador horizonte de mar y los límites de la playa en el espacio próximo á los bastidores; á la izquierda rompientes de rocas; al fondo, primer término, sobre una costa elevada, y con una de sus fachadas frontera al mar, un hermoso castillo del Renacimiento, almenado, pero sin fosos ni defensas militares, con puerta de frente y camino en declive que baja hasta la escena; en segundo término la iglesia de la aldea y algunas casas de modestísima apariencia que ocupan todo el fondo izquierdo, donde tambien puede figurarse alguna vegetacion lejana.—Al levantarse el telon aparecen junto á la playa un grupo compacto y numeroso de hombres, mujeres y niños de la aldea, mirando al mar y esperando con ansia la llegada de los pescadores.

ESCENA PRIMERA.

PESCADORES y gente de la aldea.

MUSICA.

CORO. (De pescadores en lontananza.)

Tranquilo está el cielo,
serena la mar,

y rotos los brazos
de tanto remar.
Salid, salid,
volad, volad,
que henchidas de pesca
las redes están.

—

CORO. (En la escena.)
El cielo tranquilo,
serena la mar,
y henchidas de pesca
las redes están.
Venid, venid,
bogad, bogad,
y brille el tesoro
de la inmensidad.
(Saltan los pescadores en tierra.)

—

CORO GENERAL.
¡Hurra! ¡hurra! boguemos, boguemos,
la plácida costa nos brinda su amor,
y al sonoro compás de los remos
entonen los labios plegarias á Dios.
Dios clemente, Dios bendito,
tu poder es infinito,
tú nos colmas de alegría
con el pan de cada dia.
Gloria al Señor,
gloria al Eterno,
¡Gloria, gloria á Dios!
Venid, venid,
volad, volad,
que ya está en las playas
el fruto del mar.

—

Con vivos acentos
y puro fervor
entonen los labios
plegarias á Dios.
Venid á la costa
que os brinda solaz,
y salte en las playas

el fruto del mar.

—

Venid, venid,
bogad, bogad
que ya está en las playas
el fruto del mar.

CORO GENERAL. Tranquilo está el cielo,
serena la mar,
y rotos los brazos
de tanto remar.
Venid, venid,
mirad, mirad,
el rico tesoro
que el golfo nos da.

—

CORO GENERAL. Henchidas de pesca
las redes están,
bendito mil veces
el pródigo mar.
Clemente sus dones
nos brinda el Señor,
bendita por siempre
la gracia de Dios.

(Comienzan á distribuir el pescado de á bordo entre la gente de la aldea. Gran animacion, pero sin alboroto ni exageraciones. Durante este juego escénico bajan del castillo Margarita y Ledia, llegando silenciosas hasta el primer término izquierda.)

ESCENA II.

MARGARITA y LEDIA.

HABLADO.

MARG. Acerquémonos; ya saltan
los pescadores en tierra.

LEDIA. Pero, señora, por todos
los ángeles... por aquellas
once mil... por los tres clavos...

MARG. ¡Calla! (Á Ledia con enojo.)
LEDIA. Por santa Prudencia..
por san Teodorico el Godo...
por san...
MARG. Que me aturdes, Ledia.
LEDIA. ¡Por el san Juan *Ante-portam latinam*! que es á mi cuenta
el santo más portugués
que santificó la iglesia.
Ved, reparad, discurrid...
MARG. ¡Vanamente te molestas!
LEDIA. ¿Y si vuestro padre el conde?...
¡Dios me la depare buena!
lo que es á mí, me hace. . ¡rás!
como quien rotuerce cuerda.
MARG. ¡Cuánto tarda! (Impaciente y triste.)
LEDIA. (Si yo luégo
con habilidad pudiera
disuadirla .. ¡pero quiá!)
MARG. ¿Tú no le ves? (Con ansiedad.)
LEDIA. Si no acierta
el amor, que es lince, ¿cómo
quereis que una pobre ciega?...
MARG. ¡Dios mio! (Con angustia.)
LEDIA. ¡No hay que apurarse!...
Me calaré las vidrieras.
(Poniéndose los anteojos.)
¡Cuánta gente!... Se conoce
(Mirando á la playa.)
que ha sido la tarde buena.
MARG. ¡Oh! ¿Le ves?
LEDIA. Ni por asomo.
MARG. ¡Me devora la impaciencia!
Aproxímate y pregunta!
(Con la mayor ansiedad.)
LEDIA. ¡Dios de su mano me tenga!
¡Preguntar!... esa sería
la mayor de las torpezas.
(Desaparecen por la izquierda cruzando el escenario los pescadores y gente de la aldea, conduciendo algunos remos, cuerdas, redes y banastas.)
Mas ¿qué miro? ¡Tiburon!

(Indicando hácia la playa.)

MARG. ¡Tiburon!

LEDIA. ¡Soberbia pieza!
Un español trasplantado
en las costas de Noruega.
Separaos, y dejadme
que lo interrogue con cierta
habilidad: ¡es el tal
un tuno de siete suelas!

MARG. ¡No olvides que estoy en ascuas!
(Váse por la izquierda.)

LEDIA. (¡Ay amor, bendito seas!)
(Viene Tiburon por la izquierda con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, tarareando una seguidilla y mirando hácia las ventanas del castillo.)

ESCENA III.

LEDIA y TIBURON.

TIBURON. Si por cada mentira (Tarareando.)
que me regalas
te arrancasen un pelo,
serías calva.

LEDIA. ¡Eh! buen mozo.. (Al pasar Tiburon.)

TIBURON. (Parándose con sorpresa cómica.)
¡Quién va allá!
¡Hola! ¿Sois vos?

LEDIA. (Con rapidez.) ¡Ten la lengua!
Oye, Tiburon.

TIBURON. Escucho.
(Aseguran que esta vieja
tiene muy buenos doblones;
apechuguemos con ella.)

LEDIA. ¿Dónde está Rodolfo?

TIBURON. Allá
sobre la mar turbulenta,
sobre las hinchadas ondas,
como dicen los poetas.

LEDIA. ¿Quieres responder?...

TIBURON. Primero

es necesario que sepas
la historia de un desdichado,
por si te hace alguna mella...

LEDIA. ¿La tuya?

TIBURON. Precisamente.

LEDIA. Y á mí, ¿qué me importa?

TIBURON. Ledia,
¿no conoces que te estoy
queriendo... á la marinera?

LEDIA. Déjate de bromas.

TIBURON. ¿Bromas?

LEDIA. ¡Qué pesadez!

TIBURON. Oye, prenda.
(Con solemnidad cómica.)
Nací en Cádiz una noche
entre parda y entre negra;
hijo de padres honrados...
pero... sin una peseta.
No fué preciso llevarme
por la mañana á la iglesia,
pues sin salir de mi casa...
me bautizó una gotera.
Fuí creciendo y fuí creciendo
con una vida resuelta,
y esto lo digo, porque
cuando yo pedía teta,
á falta de mi mamá,
pues la pobre estaba seca,
me colocaba mi padre
el pulgar de la derecha
entre mis labios, diciendo:
«Aprieta, Perico, aprieta...»
un dia se descuidó
y me le comí la yema!

LEDIA. Pero, Tiburon del diablo,
¿quieres callar?

TIBURON. Ten paciencia,
que aunque no muy divertida,
es una historia muy cierta.
Desde mis primeros años
aborrecí las escuelas,
y entré á remar en un bote

á las quince primaveras.
Á los diez y ocho, en la playa
me llamaban el *Gatera*,
á los veinte, *Poco Miedo*,
y á los veintiuno, *Trèmendas*.
Á los veintidos y pico
armé una marimorena
con un maton de Chiclana...
y le rompí la cabeza.
Escapé de la justicia,
que tiene bromas muy serias...
me acogió el patron de un barco
y me trajo á la Noruega.

LEDIA. ¡Qué tormento, qué castigo!

TIBURON. Conque... finalmente, prenda:
cuento treinta y dos abriles,
tengo regular presencia,
de un *julepe* mato un buey,
y de un trancazo á cualquiera,
y nuestro amigo Rodolfo,
que tiene lanchas soberbias,
me ha prometido que el dia
que me case, la más nueva
será para mí... ¿Estás tú?
conque dí: ¿qué hacemos, Ledia?
(Con intencion burlesca.)

LEDIA. (Este se ha sorbido el seso.
¡Diantre! ¿Si hablará de veras?...)

TIBURON. ¿Qué hacemos? (Con insistencia.)

LEDIA. (Indicándole al fondo.) ¡Chit, mi señora!

TIBURON. (Saca una carta y se la entrega á Ledia.)
Á propósito para ella.

LEDIA. ¿De Rodolfo?

TIBURON. ¿Pues de quién?

LEDIA. ¡Se habrá visto mayor flema!
Déjame sola.

TIBURON. (Con mayor insisteneia.)
¿Y qué hacemos?

LEDIA. Anda pronto... lo que quieras.

TIBURON. (Como negocio... tal cual.
¡Pero, señor, si es tan vieja!)
(Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

LEDIA y MARGARITA que viene por la izquierda.

MARG. ¡Oh! ¿Qué te ha dicho? (Con ansiedad.)
LEDIA. (Entregándosela.) Una carta.
MARG. ¿Una carta? ¿Qué funesta
desventura me predice
en sus rigores mi estrella?
LEDIA. Volvámonos al castillo,
(Con miedo mirando al fondo.)
no haga Luzbel...
MARG. ¡Oh, me tiemblan
la mano y el corazon!
LEDIA. ¡Y á mí de terror las piernas!
(Margarita desdobla la carta y la lee con creciente ansiedad y paulatina entonacion; Ledia, durante la lectura permanece indiferente yendo á sentarse despues sobre una de las rocas de la izquierda, en cuyo sitio se queda profundamente dormida.)
MARG. (Leyendo.) «Margarita idolatrada:
un poderoso deber
y una obligacion sagrada
me condenan á no ver
el fuego de tu mirada.
El ermitaño Ramon,
que entre las peñas habita,
á solas en su mansion,
para una revelacion
mi presencia solicita.
Dice que el asunto es grave
y que me importa el asunto,
pues por causa que Dios sabe,
tiene en su mano la llave
del secreto de un difunto!
¡Cuando en mi triste orfandad,
(Transicion.)
llena de fieros enojos,
y de negra soledad,
vuelvo los dolientes ojos
á otro tiempo y á otra edad,

me parece que el vacío
que se agita en torno mio
se ilumina de repente,
por un sol resplandeciente
de pompa y de poderío!
¡Creo tambien vislumbrar,
como una antorcha á lo lejos,
una mujer singular,
con esos dulces reflejos
que presta la luna al mar!
Y más cerca, y á mi lado,
un caballero breton
con cien timbres laureado,
y luégo... ¡luégo un malvado
que me arranca el corazon!
Si es vanidad pasajera
que engendra la pena mia,
si vision tan hechicera
no es más que sueño y quimera
de mi ardiente fantasía.
Corro en alas de mi afan
hácia ese islote desierto,
donde llamándome están,
la esperanza con su iman
¡y quizá el alma del muerto!
Perdóname, Margarita,
si á través del ancho golfo
mi ambicion me precipita,
contra esa peña en que habita
la suerte de tu—Rodolfo.»
(Queda un momento pensativa. Ledia se sienta sobre la roca y se duerme.)

CANTADO.

MARG. Pasion del alma mia,
expléndida pasion,
que llenas de alegría
mi pobre corazon;
no turbes de mi anhelo
la dicha sin igual,

ni empañes de mi cielo
el límpido cristal.

—

¿Tú me aseguras
(Al corazon como preguntando.)
placeres mil?
¿Y tú me auguras
suerte feliz?
Responde...
¡Sí!

—

Es la flor de los amores
el encanto de la vida,
y no hay alma endurecida
á su mágico poder;
en sus tintas y colores
la embriaguez su cuerpo toma,
y en la esencia de su aroma
su delirio nuestro ser.
Amor mio,
dulce amor,
en tí cifro
mi ambicion:
ven, Rodolfo,
ven, por Dios,
no desdeñes
mi pasion.

—

Es la ausencia de un momento
¡oh, Rodolfo, idolatrado!
un suplicio envenenado
por un loco frenesí;
no desoigas el acento
y la voz de mi ternura,
¡no me niegues la ventura
que me puso el cielo en tí!
Amor mio,
dulce amor,
en tí cifro
mi ambicion:
ven, Rodolfo,

ven, por Dios,
no desdeñes
mi pasion.

ESCENA V.

DICHAS, WILLIAM, y luégo RUTILIO.

Margarita queda como sumida en amorosas reflexiones. Ledia permanece durmiendo. William entra por el fondo izquierda, y al ver á Margarita se para de improviso. Margarita fija de nuevo su mirada en la carta, leyendo el primer renglon y besándola luégo, completamente distraida y sin echar de ver á William: éste avanza rápidamente, deseoso de arrebatar la carta de manos de Margarita: ésta no le da tiempo, arrúgala entre la mano y la arroja disimuladamente por la espalda. Ledia despierta, y al ver á William se levanta sobresaltada. Durante este juego escénico se oye la voz de Rutilio, fuera y al fondo izquierda, llamando á William con precipitacion y vehemencia. William, al oir la voz, manifiesta disgusto y sobresalto. Todo esto muy rápido.

HABLADO.

RUTILIO. ¡William!... ¡Belfort!... (Llamando fuera.)
MARG. (Confundida.) (¡Oh, Dios mio!)
WILLIAM. (¡Maldita casualidad!) (Como contrariado.)
¡Dame ese papel! (Con rapidez á Margarita.)
MARG. ¡Ah! (Desconcertada.)
WILLIAM. Presto:
no me desesperes más!
(Con energía y decision.)
(Entra Rutilio precipitadamente por el foro izquierda; William, al ver á Rutilio, disimula su ansiedad y desiste en su empeño de tomar la carta.)
RUTILIO. ¡Gracias á todos los duendes
que te encuentro... Perdonad,
(Á Margarita reparando en ella.)
bella y gentil Margarita,

visita tan singulrr.

WILLIAM. (Disimulemos.)

MARG. (¡Dios justo,
estalló la tempestad!)

WILLIAM. (¿Qué pasa?) (Á Rutilio.)

RUTILIO. (Á William.) (Pues mucho y malo.)

LEDIA. (¡Santo Cristo de la Paz, (Persignándose.)
un cirio de media libra
si escapo sin azotar!)

WILLIAM. (Luégo hablaremos, espera.) (Á Rutilio.)

RUTILIO. (¿En dónde?) (Á William.)

WILLIAM. (¡Aquí!) (Á Rutilio.)

RUTILIO. (Á William.) (Bien está.)

WILLIAM. (Alto.) ¡Loados sean los cielos!
Rutilio, que así nos dan
nueva ocasion de servirte
en aquesta soledad.
Esta visita nos honra,
y como siempre, será
por todos correspondida
con agrado: ¿no es verdad? (Á Margarita.)

MARG. ¡Verdad! (Maquinalmente.)

RUTILIO. ¡Cómo! ¿Tambien vos?...
(Con tono irónico.)

WILLIAM. ¿Qué cosa más natural?
¿No es mi hija? Pues entónces
á nadie debe extrañar
que tenga mis propios gustos.

LEDIA. (Al revés y acertarás.)

RUTILIO. ¡Tal merced y honor tan grande
colman de felicidad!...
(Con el mismo tono irónico.)

WILLIAM. Te dejo un momento á solas; (Á Rutilio.)
necesito acompañar
á Margarita: hasta luégo.
(Toma el brazo de Margarita, y ambos, seguidos de Ledia, suben al castillo.)

RUTILIO. (Inclinándose al pasar y saludando á Margarita.)
¡Señora!

WILLIAM. (Al salir de la escena.) (¿Qué pasará?)

ESCENA VI.

RUTILIO, siguiendo con la mirada á MARGARITA.

¿Conque tu pecho de roca
y tu corazon glacial
se han rendido á los embates
de un amor tosco y vulgar?
¿Conque un pobre marinero
lleno de rusticidad
puede vencer ¡vive Cristo!
al baron de san Marcial?
¡Oh, Margarita, despacio,
muy despacio... pues quizá
el tálamo con que sueñas
se convierta en funeral! (Transicion.)
Parece ¡voto al infierno!
que me arrastra sin cesar,
entre sus férreos brazos
una maldicion tenaz.
Soy rico, soy poderoso,
logro cuanto quiero y más.
¡Los prohombres de Noruega
envidian mi calidad;
las más ilustres mujeres,
todo lo más principal
de la córte, se honraría
con mi alianza... y pensar
que un mísero pescador,
que un oscuro menestral
me arrebata ese tesoro
de juventud y beldad...
es cosa que nunca pude
ni prever, ni imaginar!
Mas, ¿qué temo? ¿No está el conde
preso en mis manos? ¡Lo está!
¿No milita de mi parte
la influencia paternal?
¡Ah, Margarita, veremos,
veremos quién puede más!
(Baja William del castillo.)

¡Aquí está William! Oigamos
la respuesta que nos da. (Pausa breve.)

ESCENA VII.

WILLIAM y RUTILIO.

WILLIAM. Habla, Rutilio. (Con aire sombrío.)
RUTILIO. Hablaré.
Mas ántes de comenzar,
te suplico que me escuches
con paciencia.
WILLIAM. (Con extrañeza.) (¿Qué será?)
RUTILIO. Se trata de Margarita.
WILLIAM. ¿De Margarita?...
RUTILIO. Sí tal.
WILLIAM. ¡No te comprendo, Rutilio!
RUTILIO. Pues oye, y comprenderás.
Hará como cuatro meses,
que estando en la capital,
me prometiste la mano
de Margarita...
WILLIAM. Es verdad.
RUTILIO. Fijado sin discusion
el pacto matrimonial,
convinimos en la boda,
dia ménos, dia más,
para mediados de Octubre.
¿No es esto cierto?...
WILLIAM. Cabal.
RUTILIO. Pues bien: ¡vengo á que me cumplas
tu palabra!
WILLIAM. ¿Tanto afan
tienes por casarte?
RUTILIO. ?Tanto;
que espero de tu amistad
que no retardes, si estimas
mi bienandanza y tu paz,
ni un sólo punto mi enlace.
WILLIAM. ¿Por qué razon cercenar
el plazo que convinimos?

Rutilio, temes quizás
que se quiebre mi palabra
como se quiebra el cristal?

RUTILIO. Eso nunca.

WILLIAM. Pues entónces,
¿de qué nace tu ansiedad?
¡Yo te ofrecí á Margarita,
y yo no me vuelvo atrás!

RUTILIO. Lo sé: pero no se trata
de tí, sino de ella.

WILLIAM. ¡Bah!
por ese lado tampoco
tendremos dificultad;
es dócil como la cera
y cándida por demás.

RUTILIO. ¡No tanto como imaginas! (Can intencion.)

WILLIAM. ¡Rutilio! (Con tono de reconvencion.)

RUTILIO. Déjame hablar:
¡Tú, como padre, eres ciego!

WILLIAM. ¡Y tú, amante, mucho más!

RUTILIO. Vamos á cuentas: ¿qué asombro,
pobre William, no será
el tuyo cuando te diga
que el baron de san Marcial,
este sublime dechado
de pompa y de vanidad,
tiene, sin andar muy léjos,
un poderoso rival?

WILLIAM. Pues me asombraré, Rutilio,
de tanta credulidad.

RUTILIO. ¿Y si te digo tambien
que ese incógnito galan,
que consigue por lo visto
la fortuna de agradar
á la bella Margarita.

WILLIAM. ¡Loco rematado estás!
(Interrumpiendo con sonrisa burlona.)

RUTILIO. Es un pobre pescador
de esta playa y de este mar?

WILLIAM. ¿Un pescador? ¡Buenas tardes!
(En actitud de retirarse de escena.)

RUTILIO. ¿Lo tomas á broma?

WILLIAM. ¡Quiá! (Con burla.)
Hasta mañana, Rutilio,
te conviene descansar.
(Da algunos pasos hácia el foro.)

RUTILIO. Hombre, ¡por todos los santos,
que hablo con formalidad!
(William, al andar, se fija maquinalmente en la carta que en la escena IV arroja Margarita: la toma del suelo, la desdobla y la lee: á las primeras palabras se para lleno de asombro: Rutilio se pasea azoradamente de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, sin parar mientes en la situacion de William.)

WILLIAM. (Leyendo.) «¡Margarita idolatrada!»
¿Qué papel es este? ¡Ah! (Como petrificado.)
¡Rutilio! (Bajando hácia él precipitadamente.)

RUTILIO. ¡Anda con Dios!
(Sin hacerle caso y sin dejar de pasear.)

WILLIAM. ¡Rutilio! (Con creciente ansiedad.)

RUTILIO. (Prosigue sin hacerle caso.)
¡Déjame en paz!

WILLIAM. ¡Escucha! ¿Cómo se llama
ese maldito rival?
(Poniéndose delante de Rutilio con la carta en la mano.)

RUTILIO. ¡Rodolfo!

WILLIAM. ¿Conque era cierto?
(Leyendo y comprobándolo en el papel.)

RUTILIO. Si es una broma...

WILLIAM. ¿Qué más,
qué más prueba necesito? (Furioso.)
¡Basta: la voy á matar!
(Intenta subir al castillo, pero Rutilio lo detiene por un brazo.)

RUTILIO. ¡Chit! ¡Despacio y mucho tiento!
La noche y la soledad
son dos buenas consejeras:
¡paciencia y reflexionar!
(Suenan golpes de remo hácia la playa.)
Gente se acerca á la playa,
¡vamos á urdir nuestro plan!
(Toma del brazo á William y se lo lleva por el

fondo izquierda.)

WILLIAM. ¿Para qué? ¡si lo mejor
es un castigo ejemplar! (Al tiempo de partir.)
(Pausa breve: entran por la derecha, primero Rodolfo; luégo el Ermitaño y despues Tiburon.)

ESCENA VIII.

RODOLFO, ERMITAÑO y TIBURON.

RODOLFO. No desatraques y espera (Á Tiburon.)
vigilando en el lanchon.
(¿Y la carta, Tiburon?)

TIBURON. (Haciendo ya su carrera)
(Tiburon desaparece en la playa.)

RODOLFO. Á vos os toca mandar, (Al Ermitaño.)
y alma y corazon os fio:
¡dispuesto estoy, padre mio,
á obedecer y á callar!

ERMIT. ¡Rodolfo, no desesperes
de Dios ni un solo momento!
Un vivo presentimiento
(Con entusiasmo creciente avanzando hasta la mitad del proscenio.)
me está diciendo... ¡quién eres!
¡Cuanto más y más te miro
más se afierra mi esperanza!.
¡Hay en tí tal semejanza,
tal copia de don Ramiro,
que á falta de otra señal,
fuera para mí bastante
el sello que en tu semblante
imprimió el original!

RODOLFO. ¡Que Dios os pague en su gloria
tan cristiano proceder!
Mas ¡oh! yo quiero leer
la página de esa historia,
que encierra en su abismo fiero
el origen de mi cuna!...

ERMIT. No es ocasion oportuna.
Espera, Rodolfo.

RODOLFO. (Resignándose.) Espero.

¡Tiende tus alas, amor;
(Con entusiasmo.)
corre, ambicion poderosa;
ella es rica, noble, hermosa,
y tú un pobre pescador! ..
¡Por ella, sólo por ella
se desborda el alma mia!
¡Oh! ¡Qué bien, qué bien hacía
en confiar en mi estrella!

ERMIT. Un crímen se consumó
(Asiendo de la mano á Rodolfo y con gran entonacion y lúgubre misterio.)
una noche en alta mar;
nadie lo supo explicar
y en el misterio quedó,
¡Mas el hado riguroso
todo lo vence!... y ¡quién sabe
si alguno tiene la llave
de crímen tan espantoso!

RODOLFO. ¿De noche y á bordo?... (Como recordando)

ERMIT. ¡Sí!

RODOLFO. ¿Un camarote pequeño?...

ERMIT. ¡Cabal!
(Con ansiedad, alentando á Rodolfo.)

RODOLFO. ¡Me parece un sueño;
pero algo, algo hay aquí!
(Llevándose la mano á la frente.

ERMIT. Adelante ¡por la cruz!
prosigue... (Con vivísimo deseo.)

RODOLFO. (Como desmayando) ¡Vana esperanza!

ERMIT. ¿No adviertes en lontananza
el resplandor de una luz?

RODOLFO. ¡Oh, sí, sí! Mi pensamiento
se va por fin condensando.
¡Yo me he visto resbalando,
(Como recordando lo que habla.)
en el profundo elemento!
¡Yo he sido arrastrado inerte,
liviano como una pluma,
por entre montes de espuma,
en los brazos de la muerte!
¡Yo .. no sé más! (Parándose de nuevo.)

ERMIT. ¿Y despues?...
RODOLFO. ¡Un bergantin!
ERMIT. ¿Y su nombre?...
RODOLFO. ¡*Relámpago*!
ERMIT. ¿Y luégo?...
RODOLFO. ¡Un hombre
ensangrentado á mis pies!
¡Qué simpática atraccion!...
¿Cómo... cómo se llamaba?...
ERMIT. ¡Un esfuerzo... sigue... acaba!
RODOLFO. ¡Ah, ya recuerdo! Ramon.
(Al pronunciar este nombre examina el rostro del Ermitaño, como herido súbitamente por una sospecha.)
¡Ramon! ¡Padre, vuestra faz!...
¡Oh Jesús! asoma el llanto
á vuestros ojos...
ERMIT. ¡Dios santo!
(Confundido y disimulando mal su emocion.)
RODOLFO. ¿Es una vision fugaz,
un trémulo resplandor
que alucina mi sentido?
¡Oh, no, no; vos habeis sido!
(Abriendo los brazos.)
ERMIT. ¡Rodolfo! (Precipitándose en ellos.)
RODOLFO. ¡Mi salvador!
(Quedan estrechados en un fuerte abrazo. Pausa breve.)
ERMIT. ¡Omnipotente bondad,
benditos sean los cielos,
(Con júbilo, contemplando á Rodolfo.)
que así premian los desvelos
de mi pobre ancianidad!
RODOLFO. Mas de mi padre, ¿qué fué?...
ERMIT. ¡Tu infeliz padre murió!
RODOLFO. ¡Decidme quién le mató
y al punto le vengaré!
ERMIT. ¡Espera, Rodolfo, espera, (Aplacando su ira.)
que no tardará en brillar
de una manera ejemplar
de Dios la venganza fiera!
Mas ya declina la tarde

(Señalando al horizonte.)
y el sol toca á su poniente;
sé reservado y prudente,
y hasta luégo! (Váse por el fondo izquierda.)

RODOLFO. ¡Dios os guarde!
(Inclinándose con respeto.)

ESCENA IX.

RODOLFO y luégo MARGARITA.

RODOLFO. ¡Por tí, consuelo profundo
(Dirigiendo una mirada al castillo.)
de mi pobre corazon;
por tí la noble ambicion
de ser algo en este mundo!

CANTADO.

¡Negra noche es mi pasado,
mi destino la orfandad,
y mi vida y mi cuidado
la jigante inmensidad!
¡Rompe, misterio impío,
tu fiera lobreguez,
y dile al pecho mio,
dile, por Dios, quién es!

—

(Baja Margarita del castillo y se queda al fondo para oir á Rodolfo.)

DUO.

MARG. ¿Rodolfo? (Entrando.)

RODOLFO. ¿Margarita?
(Con sorpresa placentera y saliendo á su encuentro.)

MARG. ¿Qué sueña tu ambicion?
(Con amarga reconvencion.)
¿Qué premio necesita
tu ingrato corazon?

RODOLFO. ¡Ingrato, qué motivo!
MARG. ¡Que no piensas en mí!
RODOLFO. ¿Qué dices?... ¡Cuando vivo
de amor loco por tí!

—

MARG. ¡Amor profundo,
si no es traidor,
ve que su mundo
todo es amor;
y en él no cabe
más ambicion,
que ser la llave
del corazon!

—

RODOLFO. ¡Margarita, vida mia,
no me mates, por piedad!
MARG. ¡Yo, que amada me creía!
¡Oh qué torpe ceguedad!

—

RODOLFO. ¿Arden los celos
dentro de tí
porque en los cielos,
con frenesí,
busqué de un padre
el resplandor
ó de una madre
el santo amor?...

—

MARG. ¡Enferma tengo el alma
(Confusa y doliente.)
de tanto padecer!
RODOLFO. Escucha en dulce calma
(Rodolfo con gran solemnidad.)
la historia de mi sér.

—

En la vida,
noche extraña
me acompaña
sin cesar,
y en el fondo
de un nublado
mi pasado

envuelto va.

—

Todo es misterio, todo es enigma,
rudo tormento del frenesí;
mas *¡Tú eres hijo de noble estirpe!*
grita la sangre dentro de mí!

—

Y á su grito
generoso,
misterioso
el corazon,
da consuelo
dulce y puro
á este oscuro
pescador.

—

¡Ayes de muerte, montes de espuma,
rugientes olas del fiero mar,
luégo una playa de la Noruega,
y un risco luégo para llorar!
¡Esta es mi vida,
esta es la suerte del pescador,
dime si temes, prenda querida,
que tu Rodolfo sea traidor!

—

El misterio
más profundo
en el mundo
me lanzó,
y se agita
en torno mio
el vacío
aterrador.

—

MARG. (Con entusiasmo amoroso.)
¡Rodolfo mio,
ven á mis brazos,
ven y perdona
tanta pasion!

RODOLFO. ¡Oh, Margarita,
luz de mis ojos,

bálsamo dulce
de mi dolor!

—

Á DUO.

En la senda
de la vida
no hay más bello
resplandor
que los rayos
fulgurantes
de la estrella
del amor.

HABLADO.

RODOLFO. ¡Oh, mi gentil Margarita!
¿Cómo pudiste soñar
que una esperanza bendita
llegase un punto á mermar
el fuego que en mí palpita?
¡Ántes faltará en el mundo
el astro germinador;
ántes el seno fecundo
de ese mar ancho y profundo,
que yo faltar á mi amor!
MARG. Te creo, Rodolfo mio.
¡Soy tan feliz, tan dichosa,
que alma y corazon te fío!
Perdóname si angustiosa
pude soñar un desvío.
RODOLFO. ¡Oh, Margarita! (Acariciando su mano.)
MARG. Dejemos (Transicion.)
los arrebatos, y hablemos
en santa calma los dos.
RODOLFO. ¿Hay novedad?... (Alarmado.)
MARG. Sí.
RODOLFO. (Con dolor.) ¡Gran Dios!
MARG. (Con resolucion.)
¿Qué importa? La venceremos.

¡El baron de san Marcial
ha venido!

RODOLFO. (En son de amenaza.) ¡Pues te juro
que si empieza, acaba mal!

MARG. ¡Hay un medio más seguro
y de más alcance!

RODOLFO. ¿Cuál?

MARG. ¡Mi constante negativa,
mi decision!

RODOLFO. ¡Buen remedio!...
¿Y qué es la fiereza esquiva
de la mujer más altiva
cuando hay un padre por medio?

MARG. ¡Mi padre me romperá,
(Con resolucion y tono vigoroso.)
pero no me doblará!

RODOLFO. ¡Quiéralo Dios! (Con duda.)

MARG. (Con altivez.) ¡Soy constante!

RODOLFO. ¡No lo dudo ni un instante,
pero el tiempo lo dirá! (Con nueva duda.)

MARG. ¡Rodolfo!
(Con sequedad y reconvencion. Pausa breve.)

RODOLFO. (Con desesperacion.) ¡Maldita estrella,
que así tuerce mi camino
y así mi vida atropella!

MARG. ¿Y qué hacer?... nuestro destino
(Con tono de resignacion.)
viene trazado por ella.
Mas la firme voluntad
(Con entusiasmo y confianza.)
todo lo vence en el mundo:
yo te amo con lealtad,
tú con cariño profundo;
nada temas en verdad!
Pues ántes que un casamiento
que no sea por amor,
sierva de mi juramento,
en la celda de un convento
sepultaré mi dolor! (Pausa breve.)

RODOLFO. Si por caprichoso azar
(Con dolor y vehemencia crecientes.)
de la mudable fortuna,

se llegase á disipar
esa nube singular
en que va envuelta mi cuna;
si este pescador villano
fuese un dia caballero,
¡con qué aliento sobrehumano
no disputára tu mano,
Margarita, al mundo entero!
Mas si torba y despiadada
me dice la suerte esquiva:
«¡No esperes, no esperes nada!»
y tú, triste y desolada,
dejas que te entierren viva;
Rodolfo en cambio te jura,
por lo mucho que te amó,
morir en la linfa pura
de ese ancho mar, ¡sepultura
(Señalando á la playa.)
del padre que me engendró!

MARG. (Acariciándole con ternura.)
¡Oh, tu razon desvaría!
¡Calma. mi Rodolfo, calma!
¿Qué importa tu villanía?
¡La verdadera hidalguía
(En un arrebato heróico.)
la escribe Dios en el alma!
Y esa ejecutoria va
donde la virtud está;
no hay ley que otorgarla pueda;
ni se compra ni se hereda, (Rápido.)
ni se quita ni se da!

RODOLFO. ¡Hermosa doctrina!

MARG. ¡Oh, sí!
¡Mitiga tu pecho triste,
pon tu confianza en mí!

RODOLFO. ¿Por qué tan alta naciste?... (Desesperado.)
¿Por qué tan bajo nací?...

MARG. ¡Cuanto más alta, mayor
la gloria del vencedor!

RODOLFO. (Desmayando.)
¡Pero es tan jigante el vuelo!...

MARG. ¡Pues alas tiene el amor (Con entusiasmo.)

para encumbrarse hasta el cielo!

RODOLFO. ¡Margarita! (Confuso.)

MARG. Desistir
equivale á no luchar.
¡Arriba sin desmayar!
(Dándole aliento y confianza.)

RODOLFO. ¿Y si no puede subir?... (Dudando.)

MARG. (Sonriendo con amor.)
¡Yo en cambio puedo bajar!

RODOLFO. (Besándole una mano.)
¡Alma de mi alma querida!
(Suena á lo léjos el toque de la oracion.)

MARG. ¡El toque de la oracion!

RODOLFO. ¿Y mañana?

MARG. En la Florida.
(Separándose de Rodolfo y en actitud de subir al castillo.) ¡Adios!

RODOLFO. (Abriendo los brazos.) ¿Sin más despedida?

MARG. (Precipitándose en los brazos de Rodolfo.)
¡Con todo mi corazon!
(William y Rutilio aparecen al fondo izquierda sorprendiendo á los amantes.)

RUTILIO. (Á William, y señalando á los amantes que permanecen abrazados.) ¡Mira!...

WILLIAM. ¿Qué veo?...
(Queriendo precipitarse sobre los amantes.)

RUTILIO. ¡Detente!
(Tratando de impedir su entrada.)

WILLIAM. ¡Oh, déjame, vive Dios!
(Desasiéndose de Rutilio y entrando furioso.)

MARG. ¡Mi padre! (Sorprendida y espantada.)

RODOLFO. (Como aterrado.) (¡Cielo clemente!)

WILLIAM. ¡Venganza, venganza ardiente
(En el colmo de la ira, y en ademan de sacar la espada.)
con la sangre de los dos!
(Rodolfo queda á la derecha del escenario.—Rutilio á la izquierda.—Margarita se arroja á los pies de William.)

ESCENA X.

DICHOS, WILLIAM y RUTILIO.

CANTADO.

WILLIAM. ¿Tal infamia, tal deshonra
y traicion tan criminal?...
(Á Margarita con acento duro)
MARG. ¡Padre mio! (Suplicante.)
WILLIAM. ¿Yo tu padre?
¡Imposible; no, jamás!
MARG. Aquí tienes franco un pecho
y aquí un pobre corazon;
vengarás un ciego impulso, (Con altivez.)
pero nunca un deshonor!
RUTILIO. (¡Da treguas á tu furia!) (Á William.)
WILLIAM. (¡Aparta!)
(Á Rutilio, sin oirle y ciego de furor.)
RUTILIO. (No; ¡pardiez!
(Insistiendo, á William.)
¿Olvidas el proyecto
que há poco te conté?)
RODOLFO. ¡Señor conde!...
Á Willian con humildad y tono suplicante.)
WILLIAM. (Con desprecio.) ¿Quién me nombra?
RODOLFO. ¡Por el cielo! (Suplicando con angustia.)
WILLIAM. ¡Basta ya!
(Con desden, interrumpiéndole)
RODOLFO. ¡Perdonad á Margarita
y mi sangre derramad!
MARG. (¡Oh, Rodolfo idolatrado,
huye, sálvate por Dios!)
(Con ansiedad y rapidez á Rodolfo.)
RODOLFO. ¡Una espada... aquí .. la vuestra!
(Á William, señalando al corazon.)
¡Mas la de ese infame, no!
(Por Rutilio, con furor y enojo.)
RUTILIO. ¿Insulto semejante?... (Asombrado.)
¿audacia sin igual?...
¡Villano!

(Yendo hácia Rodolfo con la espada desnuda.)

RODOLFO. (Esperándole con bravura.) ¡Con las uñas
lo voy á desgarrar!
(En el momento de reñir, entra precipitadamente por el fondo el Ermitaño y se interpone entre Rodolfo y Rutilio.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y el ERMITAÑO.

ERMIT. ¿Á un hombre desarmado
quereis asesinar?...
(Á Rutilio que retrocede unos pasos.)
(¡Dios justo!... ¡Dios potente!...
(Contemplando á Rutilio con asombro y como recordando su fisonomía.)
¿Qué miro?... ¿Qué pensar?...

—

RODOLFO. (Con exaltacion y pena.)
Hay volcanes
y montañas
que se queman las entrañas
con un fuego abrasador.
¡Mas ninguno
tan ardiente,
tan horrible, tan rugiente
como el fuego de mi amor!

—

MARG. (Al cielo con angustia.)
¡Vírgen santa,
Madre pura
de esperanza y de ventura
que contemplas mi dolor;
no me niegues,
milagrosa,
de tu mano generosa
la esperanza de mi amor!

—

WILLIAM. ¡Negra suerte,
vil destino
que así enlodas mi camino

con infamia y deshonor;
no me dejes
una vida
empañada y deslucida
por la mano del amor!

—

ERMIT. (Ap. y contemplando á Rutilio.)
(¡Me parece,
si lo miro,
ver del pobre don Ramiro
al infame matador;
pues ni cabe,
ni se alcanza.
mas completa semejanza
con la faz de aquel traidor!)

RUTILIO. (Mirando de soslayo al Ermitaño.)
(¡Me parece,
no me engaño,
conocer á este Ermitaño,
que me mira con furor,
pues con sola
su presencia
se estremece mi conciencia
y me llena de terror!)

—

ERMIT. (Á William.) Decidme, señor Conde,
decid, por caridad,
¿qué ofensa en este sitio
se quiere castigar?...

WILLIAM. (Lleno de rabia.)
¡Pretendo dar la muerte
sin tregua ni piedad,
al vil que me deshonra,
cobarde y criminal!
(Señalando á Rodolfo.)

ERMIT. (Como sorprendido y con desden.)
¡Un crímen!... ¿Desde cuándo
es crímen. . el amar? (Transicion.)
(¿Sabeis lo que es un crímen,
(Á William con acento terrible.)
y un crímen infernal?
¡Urdir un regicidio!...

WILLIAM. (Retrocediendo espantado.)
¡Por Dios, por Dios, callad!)
ERMIT. (¡Ó bien traidoramente,
bogando en alta mar,
(Á Rutilio con intencion y mucho brío.)
hacer que muera un niño
entre las ondas!...)
RUTILIO. (Como petrificado.) (¡Ah!)

—

RODOLFO. No es posible,
cielo santo,
que descargue
tu rigor
mas tremenda
pesadumbre
en mi pobre
corazon.
MARG. Condenada
para siempre
la ventura
de mi amor,
no prolongues (Al cielo.)
la existencia
de este pobre
corazon.

—

WILLIAM. (¡Un secreto
misterioso
de mi vida
sorprendió,
y mi pecho
se ha llenado
de espantosa
confusion!)

—

RUTILIO. (Es el eco
de aquel crímen
que en las ondas
resbaló,
y el fatídico
presagio
de mi eterna

perdicion.)

—

ERMIT. (¡Soy el rayo
justiciero
de la cólera
de Dios,
y el escudo
milagroso
de un amante
corazon!)

—

(Rutilio queda á la izquierda como aterrado, Rodolfo huye por la derecha y en direccion á la playa. Margarita cae de rodillas á los piés de William. El Ermitaño sigue á Rodolfo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon del Renacimiento en el castillo de Belfort; mobiliario de la época; mesa con recado de escribir; dos sillones á entrambos lados de la mesa; á la izquierda, primer término, puerta con un tapiz suspendido que la cerrará cuando lo determine la fábula: otra mayor al fondo: á la derecha, segundo término, un ancho balcon con barandilla de piedra.—Suntuosidad, lujo y magnificencia.—Los criados y demas servidumbre del castillo, formando corro alrededor de Tiburon; éste con los brazos cruzados y en actitud imperturbable.

ESCENA PRIMERA.

TIBURON y CORO.

CANTADO.

CORO.

Habla presto, nada temas,
suene el eco de tu voz,
y escuchemos y sepamos
lo que pasa, Tiburon.
Que hubo gresca y alboroto,
y un encuentro original,
y sorpresas y desmayos
no se puede ni dudar.
—¡Habla, pues!...

— ¡Habla ya!...
— Dinos tú...
— La verdad.

—

TIBURON. ¡La verdad es muy terrible!
No sé cómo decir... (Aparentando confusion.)
(¿Andaluz y á mí con estas?...
Se van á divertir.)
El sol se despedía
muy rubio y muy cortés,
tan guapo, y como siempre,
besando al mar los piés.
La noche misteriosa
envuelta en su capuz,
andaba á picos pardos
á espaldas de la luz.

—

CORO. ¿Y qué más...
TIBURON. ¡Silencio!
Chiton... ¡Oid!
(Allá va una bola
de mi país.)

—

TIBURON. Estaba Margarita
sentada junto al mar,
cuando una tintorera
la quiso devorar.
¡Medía el tal pescado,
segun yo ví despues,
aproximadamente
dos mil quinientos piés!

—

CORO. ¡Mentira, Tiburon,
mentira!
TIBURON. ¡Por la cruz!
(¡Esta tropa no sabe
lo que es un andaluz!)

—

CORO. En esta casa
(Con algun barullo y confusion.)
todos estamos,
todos tenemos

los mismos amos
y te brindamos
nuestra amistad.
Todos vivimos
en esta casa,
si algo te ocurre,
si algo te pasa,
(Haciendo una seña burlesca con la mano derecha y apoyando el pulgar sobre la nariz.)
no pongas tasa,
puedes mandar.

TIBURON. Gracias, amigos,
por honra tal,
y se agradece
la voluntad.
(Tiburon acompaña al Coro hasta la salida del fondo.)

ESCENA II.

TIBURON.

HABLADO.

¡Qué familia, qué monton
de avispas desenfrenadas!
¡Qué lenguas tan afiladas
para la murmuracion!
¡Qué servidores, Dios justo!
¡Me parecen sabandijas
que brotan de las rendijas
de este castillo vetusto!
Si logran averiguar
la verdad de lo ocurrido,
estaba el conde lucido...

LEDIA. Gran señor... ¿se puede entrar?
(Por la izquierda, interrumpiendo á Tiburon y equivocándole al pronto con el conde.)

ESCENA III.

TIBURON y LEDIA.

TIBURON. (Mi futura.) Vuesarcé
(Con cierto énfasis ahuecando la voz.)
entre y salga á su sabor.
LEDIA. ¿Qué escucho?... ¿Tú aquí?...
(Con júbilo y saliendo de su error.)
TIBURON. (¡Valor!)
LEDIA. ¡Soberbio chasco llevé!

CANTADO.

TIBURON. ¿Eres tú, Ledia mia? (Fingiendo ternura.)
LEDIA. La misma, Tiburon.
TIBURON. (¡Si no tiene dinero,
me luzco como hay Dios!)
LEDIA. (¡Si busca mi dinero,
se luce como hay Dios!)
TIBURON. ¡Ledia, Ledia!
LEDIA. ¡Tiburon!
TIBURON. Cerca, cerca...
(Abrazándola con placer exagerado y burlesco.)
LEDIA. ¡Picaron!

Á DUO.

Con dulces palabras,
con mágica voz,
unidos por siempre
nos tenga el amor.

—

TIBURON. Escucha, Ledia mia,
cómo te quiero yo.

—

¿No ves, cuando amanece,
los tiernos pajarillos
batir sus limpias alas,
trinar con sus piquillos,

y luégo remontarse
buscando el nuevo sol?...
¡Ay, ay!
¡Qué gusto, qué primor!
¡Ay, ay!
Así te quiero yo.
¡Paloma!
LEDIA. ¡Pichon!
TIBURON. (Ap.) (Si no tiene dinero
le pego un coscorron.)

—

LEDIA. Pues á tu vez escucha
cómo te quiero yo.

—

¿No ves la mariposa
cómo revolotea
buscando con las alas
la luz que la recrea,
y al fin halla su muerte
donde su gusto halló?...
¡Ay, ay!
¡Qué gusto, qué primor!
¡Ay, ay!
Así te quiero yo.
TIBURON. ¡Paloma!
LEDIA. ¡Pichon!
(Si busca mi dinero
valiente desazon.)

Á DUO.

(Esperemos, ya veremos,
y sabremos ¡vive Dios!
quién pelea, quién resiste
y quién vence de los dos.
Pues si juzgas, { pobrecita / pobrecito
que me puedes atrapar,
ó { me sueltas / renuncias } los ochavos
ó { me vuelvo yo / te vuelves } á la mar.)

HABLADO.

TIBURON. ¡Oh, Ledia, bendito amor
que así tan fuerte nos liga!
LEDIA. ¿Qué quieres que yo te diga,
picarillo seductor?
(Dándole una palmadita en la cara.)
¿Y el conde? (Transicion.)
TIBURON. Partió ligero
del castillo, y no sé más.
«Aquí, dijo, esperarás;»
y el otro dijo, «Aquí espero.»
LEDIA. ¿Y se amansa?
TIBURON. (Dudando y con sorna.) Puede ser...
LEDIA. ¿No tiene mejor cariz?
TIBURON. ¡Poned la misma nariz
y el mismo gesto de ayer!
LEDIA. ¡Cáscaras!... (Asustada.)
TIBURON. Sí, ¡voto á tal!
Pero qué gesto, qué gesto,
como quien dice: ¡Todo esto,
todo esto, me huele mal!
LEDIA. ¡Es duro!...
TIBURON. ¡Como una roca! (Transicion.)
Mas, dime, ¿cómo has logrado
el hacer de mí un criado
de esta casa?
LEDIA. Punto en boca.
¡Cuando el amor nos penetra
(Con ternura y vehemencia.)
el alma!...
TIBURON. (¡Cielos divinos!)
LEDIA. ¡Hace milagros supinos!
¿Entiendes?...
TIBURON. ¡Sí! (Ni una letra.)
LEDIA. Antiayer se despidió
el montero...
TIBURON. (Con indiferencia.) Bien.
LEDIA. ¡Y como
yo influyo en el mayordomo!
¿Vas entendiendo?...

TIBURON. ¡Sí! (No.)

LEDIA. El conde pretende hallar
un muchacho diligente,
un buen montero.

TIBURON. Corriente,
pues que lo vaya á buscar.

LEDIA. Pero hombre de Dios, ¿no ves
que ese muchacho eres tú?

TIBURON. ¿Yo?... ¡No enreda Belcebú
más diabólico entremés!
¿Tanto me quieres, paloma?
(Con aparente ternura.)

LEDIA. Tanto, que ya me figuro
que puedes dar por seguro
nuestro enlace.

TIBURON. (¡Toma, toma!)
(Sacudiéndose los dedos de la mano derecha.)

LEDIA, Sólo pende el matrimonio
de la respuesta que dé
mi buen padre.

TIBURON. ¿Cómo... qué...
tu padre?

LEDIA. Justo.

TIBURON. (¡Demonio!
¡No haya miedo que me pierda
por ninguna de tu raza!
¡Este relój, por la traza,
tiene dos siglos de cuerda!)
(Queda pensativo.)

LEDIA. ¿En qué estás pensando?

TIBURON. (¡Cuerno!)
¡Estoy pensando, mujer,
que tu padre debe ser
hermano del Padre Eterno!

LEDIA. Pues yo tan vieja no soy
como supones.

TIBURON. ¿Tu edad?

LEDIA. Oye la pura verdad.

TIBURON. (¿Mujer y verdad?... ¡Ya estoy!)

LEDIA. La cara es sin duda alguna
de los años el reflejo.

TIBURON. ¡Á juzgar por ese espejo...

tres dias más que la luna!

LEDIA. ¿Callarás? Segun mis cuentas,
á mediados de este mes
cumplo... los cuarenta.

TIBURON. Pues
mira, no los representas.
(Con gran formalidad.)

LEDIA. ¡Harás que contigo rife
por lo simple y lo borrico!
(De muy mal talante.)

TIBURON. ¡Conque cuarenta!... (Con mucha ironía.)

LEDIA. (De mal gesto.) ¡Y un pico!

TIBURON. El pico de Tenerife.

LEDIA. Estás hecho un Lucifer,
(Yendo hácia Tiburon como para arañarle la cara.)
un caiman, un...

TIBURON. (Retrocediendo.) ¡Dios me asista!
Oye, Ledia...
(Ledia se retira por la puerta izquierda.)

LEDIA. (Desde la puerta.) Hasta la vista.
Se acabó.
(Volviendo á asomarse y desapareciendo con rapidez.)

TIBURON. (Suplicante.) ¡Pero mujer!...

ESCENA IV.

TIBURON.

¡Amoscada! Y en verdad
que no le falta razon.
¿Quién te manda, Tiburon,
echarle en cara su edad?
¿No es mujer? Pues esto basta
para que no desmerezca
de su sexo, y se parezca
á las demás de su casta!

ESCENA V.

TIBURON y RUTILIO.

RUTILIO. ¿Y el conde? (Entrando por el foró.)

TIBURON. No sé deciros.
Há poco salió, y no ha vuelto.
RUTILIO. Esperaré.
(Pausa breve. Rutilio queda profundamente abstraido.
TIBURON. (Me revienta
este fantasmon.)
RUTILIO. (¡No quiero
(Revelando desasosiego y temor.)
prolongar ni un solo dia
tan espantoso tormento!
Hoy mismo se han de firmar
los contratos... ¡Oh, sí!... ¡Luégo,
mucho mar y mucha tierra!...
Lóndres, París... el infierno!)
(Queda pensativo de nuevo.)
TIBURON. (¡Diantre, cómo gesticula, (Observándole.)
qué modales, qué aspavientos!...
¡Me parece que este bicho
es ave de mal agüero!)
RUTILIO. (¡En cuanto al feroz enigma
de ese Ermitaño soberbio,
no cabe más solucion
que la punta del acero!)
(Mira fijamente á Tiburon, manifestando curiosidad.)
TIBURON. (¡Canastas, cómo me mira!)
RUTILIO. Oye: si mal no recuerdo,
yo te he visto en otra parte...
TIBURON. Puede ser... (Vamos mintiendo.)
Si tuviéseis la bondad
de nombraros... (Algun necio.)
RUTILIO. El baron de san Marcial.
TIBURON. (¡Este es el pillo!... me alegro.)
Señor baron, permitidme
(Aparentando gran cortesía.)
que con el mayor respeto
bese humilde vuestras plantas ..
(Yendo á postrarse.)
RUTILIO. Déjate de cumplimientos
(Rutilio le impide arrodillarse.)
y responde á mis preguntas.

TIBURON. ¡Oh, preguntad!
RUTILIO. ¿Cuánto tiempo
llevas aquí de criado?
TIBURON. Pues hace que estoy sirviendo
al conde William Belfort,
unas seis horas... ¡lo ménos!
RUTILIO. ¿Te burlas? (De mal talante.)
TIBURON. Digo verdad,
y es fácil probar los hechos.
Ayer era pescador
de estas playas, y hoy montero
del castillo.
RUTILIO. Dí, ¿conoces
á un tal Rodolfo?
(Herido súbitamente por la idea de Rodolfo.)
TIBURON. (¡Sondemos!)
(Con mucha intencion.)
¿Quién no conoce en la costa
(Con gran intencion y disimulo.)
á ese babieca, á ese necio,
que porque tiene seis lanchas
no cabe ya en el pellejo?
RUTILIO. ¡Mal le quieres!...
TIBURON. ¡Mal, muy mal!
(Creciente rapidez hasta la terminacion de la escena.)
RUTILIO. ¿Le detestas?...
TIBURON. ¡Le detesto!
RUTILIO. ¿Serías capaz?...
TIBURON. ¡De todo!
(Con resolucion falsa y aparente.)
RUTILIO. Dos mil libras te prometo
si consigues... (Con mucha viveza.)
TIBURON. ¡Chit... más bajo!
RUTILIO. Que ese pescador...
TIBURON. Entiendo!
(Simulando con el puño un golpe de cuchillo.)
RUTILIO. Mas, ¡imposible!
TIBURON. ¿Por qué?
RUTILIO. ¡Porque el penitente negro,
como la gente lo llama,
vela por él!

TIBURON. ¡Poco es eso,
cuestion de dos golpes!
RUTILIO. ¡Bravo!
TIBURON. ¿Os parece bien?
RUTILIO. ¡Soberbio!
TIBURON. (¡En cuanto tenga ocasion
le voy á romper los huesos!)
RUTILIO. ¿Qué decías?...
TIBURON. ¿Quién, yo? Nada,
que estoy conforme y de acuerdo.
RUTILIO. ¿Trato cerrado?
TIBURON. Cerrado.
RUTILIO. ¡Dos mil libras!
TIBURON. ¡Y dos muertos!
RUTILIO. ¿Y el plazo?
TIBURON. Corto: tres dias.
RUTILIO. Alguien entra. (Mirando al fondo.)
TIBURON. ¡Pues callemos!

(Entra William por el fondo izquierda, hace una seña á Tiburon para que se retire, y avanza severo y mudo. Rutilio permanece tambien silencioso, contemplando al conde con sonrisa glacial.)

TIBURON. (¡Yo te cortaré las alas,
(Desde el fondo al salir y mirando á Rutilio.)
pajarraco del infierno!)

ESCENA VI.

RUTILIO y WILLIAM. Pausa conveniente.

RUTILIO. William, si no conociese
los estragos que hace el tiempo
en un carácter, dudara
del tuyo.
WILLIAM. ¡Rutilio, en eso
tú eres más feliz que yo;
siempre igual, siempre de hielo!
RUTILIO. ¡Hola, hola!... Por lo visto
(Con tono sarcástico.)
tambien padeces de ciertos
extravíos de memoria.

¡No te juzgué tan enfermo! (Transicion.)
¿De hielo, William, el hombre
que con generoso pecho
apartó de tu cabeza
la deshonra y el?...

WILLLIAM. ¡Silencio!
(Interrumpiendo con terror.)
¡Calla, calla... no prosigas,
sella el labio!

RUTILIO. ¡Te obedezco!
(Sonriendo con satisfaccion.)

WILLIAM. ¡Ah, Rutilio, cuántas veces
acuden á mi cerebro,
como punzantes abrojos
aquellos tristes recuerdos!
Un príncipe. ¡Dios lo sabe!
febril, injusto, violento,
puso la mano en mi rostro
delante de su consejo.
¡Ira, desesperacion,
odio y vergüenza sintiendo,
juré vengarme! El puñal
compré de un aventurero:
¡erró el golpe, y con la vida
hubo de pagar su yerro!...

RUTILIO. ¿Mas yo, que por dicha tuya
intervine en el proceso,
me apoderé de una prueba
que te condenaba!...

WILLIAM. Es cierto.

RUTILIO. Pues bien: tasa aquel servicio.

WILLIAM. ¡Es que vale más el precio
que me exiges!... ¡Oh, Rutilio!
(Con ferviente súplica y profundo dolor.)
Óyeme por si te muevo
á compasion. Tú no sabes
lo que es el duro y horrendo
sacrificio de una hija:
no ves el remordimiento,
que se clava poco á poco
en la mitad de mi pecho,
gritando incesantemente:

«¡Mal padre, mal caballero!
¿por qué diste vida á un ángel
para sepultarlo luégo
en un fatídico mar
de lágrimas y tormento?»
¡Toma, Rutilio, mi hacienda,
toma la sangre que tengo
en mis venas, todo es tuyo,
y todo y áun más te debo!
Mas, ¡por la gloria divina
humildemente te ruego
que me vuelvas la palabra
que un dia, liviano y ciego,
te empeñé... ¡oh, sí desiste
de nuestro fatal proyecto!
¡Gozas de inmensa fortuna,
eres noble, y no eres viejo,
y sobran en la Noruega
damas de ilustre abolengo,
para que logres hacer
un hermoso casamiento,
por voluntad, no por fuerza,
por amor... y no por miedo!
(Pausa brevísima.)

RUTILIO. Ayer me digiste airado:
«Lo que una vez yo prometo
se cumple...»

WILLIAM. (Jadeante.) ¡Pero Rutilio!

RUTILIO. ¡Pero William, eso quiero! (Con resolucion.)
Ni te vuelvo la palabra,
ni renuncio á mi proyecto.

WILLIAM. ¡Oh, cruel tenacidad! (Desesperado.)

RUTILIO. ¡Hoy mismo ha de ser, ó entrego
en manos de la justicia
tan precioso documento!

WILLIAM. Pues bien, tigre sanguinario,
(Fuera de sí y en ademan de sacar la espada.)
ántes de que llegue á término
tu infame denuncia... (Yendo hácia Rutilio.)

RUTILIO. (Con precipitacion.) ¡Imbécil!
¿Piensas que conmigo llevo
el autógrafo?... ¡No falta

quien te denuncie si muero!

WILLIAM. ¡Maldicion! (Cayendo anonadado en el sillon.)

RUTILIO. Escucha, William.
¡Estamos perdiendo el tiempo
lastimosamente: el plazo
brevísimo te concedo
de media hora para que
te resuelvas! Hasta luego.
(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

WILLIAM. ¡Ántes morir! (Desesperado y resuelto.)

RUTILIO. (Con indiferencia.) ¡Si es tu gusto!...
¡Pasada media hora, vuelvo!
(Con entonacion y dureza.)
(Se va Rutilio por el fondo izquierda, y William permanece desesperado en el sillon, con la cabeza apoyada sobre las manos y sollozando amargamente. Entra Margarita por la puerta izquierda, y al ver el desconsuelo de su padre cae de rodillas á sus piés.)

ESCENA VII.

WILLIAM y MARGARITA.

CANTADO.

MARG. ¡Llorando, y por culpa mia!
(Desde la puerta observando á su padre.)
¡Padre de mi corazon! (Echándose á los piés.)

WILLIAM. Aparta. (Con blandura.)

MARG. ¡Perdon, perdon!
¡Qué tormento, qué agonía!
(Con doliente frenesí.)

—

¡Á tus plantas,
padre mio,
palpitando
de dolor,
con el alma
te suplico
generosa

compasion.
Por aquella
que en su seno
nueve meses
me llevó,
por aquella
santa madre,
no me niegues
tu perdon!

WILLIAM. Aplaca los rigores
(Se levanta William y abraza á Margarita prodigándola tiernas caricias.)
de tus enojos,
mitiga tus dolores,
seca tus ojos.
Calla, hija mia,
no preguntes la causa
de mi agonía.
Un misterio que viene
de mi pasado,
el corazon me tiene
despedazado.
Calla, hija mia,
y respeta el silencio
de mi agonía.

MARG. ¡Jesús! (Asustada.)

WILLIAM. (Elevando la vista al cielo.)
¡Piedad!

MARG. ¿Tú invocas
del cielo la piedad?
(Con extrañeza y creciente confusion.)
¿Qué es esto, habla?... (Suplicante y ansiosa.)

WILLIAM. (Con dolor.) ¡Nunca!

MARG. ¡Por Dios! (Con ruego vehemente.)

WILLIAM. (Con decision y pena.) ¡Jamás, jamás!

—

¡Respeta, Margarita,
respeta mi dolor,
y deja que agonice
mi pobre corazon.
Al fondo del abismo
desesperado voy,

cual piedra que derrumba
la cólera de Dios!

—

MARG. (Su acento misterioso
me llena de terror,
y estremecido late
mi pobre corazon.
En brazos de la suerte
desesperada voy,
llenando de amargura
la vida de mi amor.)

HABLADO.

WILLIAM. ¡Hija mia!
(Abrazándola con angustia y cariño.)
MARG. Padre amado,
¡cuánto diera por saber
tus penas!
WILLIAM. (Con tristeza.) ¡No puede ser!
¡Quédese aquí sepultado (Señala al corazon.)
entre sus fibras dolientes
el rudo tormento impío!
MARG. ¡Habla, habla, padre mio!
(Con creciente solicitud.)
WILLILM. ¡Margarita, no lo intentes!
¡Oh, adios!
(Con resolucion y en actitud de salir.)
MARG. ¿Y así te vas?...
WILLIAM. ¡Soy una planta maldita,
cuyo fruto, Margarita,
muy pronto recogerás!
(Sale por la puerta izquierda. Margarita queda como consternada.)

ESCENA VIII.

MARGARITA.

¿Qué es esto, ¡Dios soberano!
qué terrible desconsuelo

oculta en su triste velo
la oscuridad del arcano?
¿Qué me augura misteriosa
la desdicha paternal
sobre el destino fatal
de mi pasion amorosa?
¿Por qué, por qué si nací
(Levantando los ojos al cielo.)
sujeta á tan triste vida,
¡madre del alma querida!
no me llevas hácia tí?
(Queda sollozando. Ledia entra precipitadamente por el fondo izquierda.)

ESCENA IX.

MARGARITA y LEDIA,

LEDIA. ¡Gracias á Dios!... ¡Oh, qué entrar,
qué subir y qué bajar!...
Y Rodolfo, el pobrecillo,
que no cesa de rondar
toda la tarde el castillo!
¡Desde la alta galería,
sobre las rocas peladas,
se le vé, ¡Vírgen María!
echando aquí unas miradas
como chispas de herrería!
Quizá desde este balcon
ver consigais al doncel.
(Se aproxima Ledia al balcon y luégo Margarita. Entra Tiburon andando de puntillas por el fondo derecha, mirando cautelosamente á un lado y á otro; se para en el foro, y al ver á Margarita, exclama:)

TIBURON. ¡Ajajá! Buena ocasion.
¡Chit!...
(Haciendo una seña con la mano á Rodolfo. Luégo dirigiéndose á Margarita desde el foro.)
¡Señora!...
(Margarita y Ledia vuelven la vista á la voz de Tiburon. Rodolfo aparece al fondo derecha.)

LEDIA. (Viéndole.) ¡Tiburon!
MARG. ¡Jesús! (Sorprendida al ver á Rodolfo.)
LEDIA. ¡Y el otro con él! (Por Rodolfo.)
(Avanza Rodolfo, se aproxima Margarita, le toma una mano, que ella le abandona llena de confusion, y la cubre de besos. Ledia, pasando por detrás de los amantes, se pone como en actitud de vigilar la entrada de la izquierda.)

ESCENA X.

MARGARITA, RODOLFO, TIBURON y LEDIA.

RODOLFO. ¡Margarita, prenda amada!
(Con frenesí amoroso.)
MARG. ¿Sabes á lo que te expones?
(Con vivísimo recelo.)
RODOLFO. ¡Á morir! (Con indiferencia.)
MARG. ¡Vírgen sagrada!
(Aterrada. Pausa breve.)
TIBURON. Mucho ojo con esa entrada.
(Á Ledia indicando la puerta izquierda.)
LEDIA. No necesito lecciones.
(De mal talante y con desden desapareciendo por la izquierda. Tiburon se coloca al foro, como para vigilar.)
MARG. ¡Oh, qué locura!...
RODOLFO. Es verdad.
¡Locura, temeridad!
Mas, ¿quién osa resistir,
cuando este comienza á hervir
(Señalando al corazon.)
con ciega impetuosidad?
¡Al mar tempestuoso y lleno
podrás alzarle una valla;
mas no hay quien le ponga freno
cuando en la mitad del seno
de amor el volcan estalla!
MARG. ¡Oh, Rodolfo, huye, vete,
salva, por Dios, tu existencia!
(Con vehemencia y terror.)
RODOLFO. ¿Mi vida?... ¡Bah! No te inquiete...

(Con desprecio de sí mismo.)

MARG. ¿Y no ves que tu presencia
tambien mi honor compromete?

RODOLFO. ¿Y el baron de san Marcial?
(Con enojo y desden.)
¿Y ese maldito rival
que en este castillo mora,
acaso no te desdora?...

MARG. ¡Calla, calla!...
(Temiendo no le oigan desde fuera.)

RODOLFO. ¡Voto á tal!...
(Con profunda y amarga ironía.)
Ya comprendo la razon,
sí: como noble se llama
y se titula baron,
¡no puede echar un borron
sobre el cielo de tu fama!

MARG. ¡Rodolfo! (Suplicante.)

RODOLFO. ¡Llegó el instante
(Con decision y firmeza.)
de probar la ardiente fé
que encierra tu pecho amante!

MARG. ¿Qué intentas? (Asustada.)

RODOLFO. Te lo diré.
¿Me quieres?...
(Tomándola una mano y con frenética pasion.)

MARG. ¡Más que á mi vida!
(Con resolucion y firmeza.)

RODOLFO. ¿Lo juras?

MARG. (Mirando al cielo.) ¡Sin vacilar!

RODOLFO. Pues volemos en seguida
por esa franca salida
hácia la costa del mar.
Hermosa nave ligera
para salvarnos espera
anclada en el ancho golfo.

MARG. ¡Oh, no prosigas, Rodolfo...
(Interrumpiéndole con dignidad y rapidez.)
no sueñes con tal quimera!
¡Ántes mil veces morir
que tan fiero deshonor!
¡La pasion, en mi sentir

que no sabe resistir,
es liviandad, no es amor!

RODOLFO. ¡Margarita! (Confundido.)

MARG. El mundo entero
tal proceder motejara.
¿Qué digo? ¡Dios justiciero!
¡Tú serías el primero (Por Rodolfo.)
en arrojármelo en cara!

RODOLFO. No sé qué extraña elocuencia
puso en tí la Providencia
que avasalla mi razon.

MARG. Pues me puso la conciencia
por norma del corazon.
¡Y dióme en su alta piedad,
(Con tono digno y seguro.)
aunque me veas mujer,
constancia en la voluntad,
gran firmeza en el querer
y poca fragilidad!
Conque así, Rodolfo mio,
¿por qué al dolor entregarnos?
¿Por qué temer un desvío
cuando ni el sepulcro frio
ha de lograr separarnos?

RODOLFO. ¿Y tu padre? (Con recelo y temor.)

MARG. ¡Ruido siento!
(Como si oyese rumor al foro.)
¡Huye, sal!
(Con súplica, impaciencia y temor.)

RODOLGO. ¡Mia has de ser!...
¿No es verdad?
(Con locura y como recordándole su juramento.)

MARG. Ó de un convento!

TIBURON. El baron. (Tiburon desde el foro con viveza.)

RODOLFO. ¡Oh, qué tormento!
(Poniendo mano á la daga.)

MARG. Rodolfo, ¿qué vas á hacer?

RODOLFO. ¡Á matarlo! (Resuelto.)

MARG. (Indignada.) En pleno dia...
en mi casa... ¡entre los dos!...

RODOLFO. ¡Es verdad! (Confundido.)

MARG. ¡Qué se diría!

RODOLFO. ¡Adios, Margarita mia!
(Estrechando con ternura una de sus manos entre las suyas)

MARG. ¡Adios, mi Rodolfo, adios! (Con entusiasmo.)
(Desaparecen Rodolfo y Tiburon por el fondo derecha. Margarita se aproxima al balcon, como para convencerse de la salida de Rodolfo, dirigiendo la mirada al exterior. Silencio y pausa conveniente. Rutilio aparece en la puerta del fondo, penetra en escena y se aproxima lentamente al balcon, colocándose detrás de Margarita. Otra pausa breve.)

ESCENA XI.

MARGARITA y RUTILIO.

MARG. En la playa... en libertad...
(Como viendo á Rodolfo fuera del castillo, y secándose los ojos con el pañuelo.)
¡Descansa ya, corazon!
(Al tiempo de volverse queda sorprendida por la presencia de Rutilio.)

RUTILIO. ¿Os gusta la inmensidad?
(Con profunda ironía.)

MARG. ¿Oh, vos aquí? ¡Maldicion!
(Tratando de huir á la violenta mirada de Rutilio.)

RUTILIO. ¿No hay un saludo?...
(Indicando al balcon con profundo despecho.)

MARG. ¡Esperad!
(Extiende el pañuelo y saluda á Rodolfo desde el balcon. Dirige despues una mirada altiva á Rutilio y desaparece rápidamente por la izquierda; Rutilio la sigue con la vista hasta que desaparece de la escena, soltando despues una seca y diabólica carcajada.)

ESCENA XII.

RUTILIO.

Está bien: así te quiero;

(Con la mirada fija en la puerta por donde ha desaparecido Margarita.)
no desperdicies el dia.
¡Esta noche serás mia,
mal que pese al mundo entero!
¡Gaviota del pescador,
luce tus brillantes galas;
yo te cortaré las alas,
para amansar tu rigor!
¡Me parece más hermosa (Transicion.)
porque sé que me detesta:
cuanto más trabajo cuesta,
más se apetece una cosa!
¿Pero este William, será
tan confiado ó tan necio,
que estime en tan poco precio
mi posicion?... (¡Aquí está!) (Viéndole llegar.)
(Entra William por la izquierda, entorna la puerta y deja caer despues el tapiz para mayor precaucion; atraviesa el escenario, cierra la del foro y toma luégo asiento en uno de los dos sillones de la mesa. Rutilio permanece en pie, visiblemente preocupado. Pausa breve. Margarita se asoma á la vista del público, como en actitud de escuchar por entre el tapiz y la puerta.)

ESCENA XIII.

WILLIAM, RUTILIO y MARGARITA, desde la puerta.

MARG. (¡Oh, yo quiero averiguar
si aquí un misterio se esconde!)
RUTILIO. ¿Qué me dice el señor conde?
¿Me puede ya contestar? (Pausa breve.)
WILLIAM. ¡Aunque la venganza aprestes,
poco lograrás de mí!
RUTILIO. Eso depende de tí,
segun lo que me contestes.
WILLIAM. ¡Nada, nada me intimida!...
cumple tu oficio, á qué esperas?
RUTILIO. ¿De veras, William?
WILLIAM. ¡De veras!

RUTILIO. ¿Y tu deshonra y tu vida?...
MARG. (¡Santo Dios!) (Al paño.)
WILLIAM. ¡Cómo ha de ser.
RUTILIO. Yo en tu lugar...
WILLIAM. ¡Loco empeño!
¿Serías acaso dueño
del alma de una mujer?
RUTILIO. ¿Y qué importa? La diría...
con claridad y llaneza...
WILLIAM. ¡Ó tu mano ó mi cabeza! (Interrumpiendo.)
RUTILIO. Pues justo.
MARG. (¡Vírgen María!)
(Apoyándose contra el marco de la puerta, aterrada y convulsa.)
WILLIAM. Y cobarde y criminal,
escuchando á mi egoismo...
RUTILIO. Se la entregaría hoy mismo (Interrumpiendo.)
al baron de san Marcial.
WILLIAM. Y la pobre Margarita...
RUTILIO. (Interrumpiendo.) Si á mis planes se acomoda..
WILLIAM. Como regalo de boda... (Interrumpiendo.)
RUTILIO. ¡Le doy la carta maldita! (Interrumpiendo.)
WILLIAM. ¿El autógrafo terrible
que al patíbulo me lleva?
RUTILIO. ¡Sí, la fatídica prueba!
WILLIAM. ¡Pues no, Rutilio, imposible!
(Levantándose del sillon.)
¡Ántes el verdugo insano!
RUTILIO. ¿Eso quieres?
WILLIAM. Eso quiero.
RUTILIO. ¡Pues vas á morir!
(Dirigiéndose apresurada y resueltamente hácia la puerta del fondo.)
WILLIAM. ¡Primero
mi cabeza!
(Con exaltacion. Margarita descorre el tapiz y entra visiblemente conmovida.)
MARG. ¡No... mi mano!
(Á Rutilio con rapidez y resolucion. Rutilio retrocede.)
WILLIAM. Ella aquí... ¡Dios poderoso!
(Cae como anonadado en el sillon.)

MARG. ¡Bendita casualidad!
¡Oh, padre mio, piedad!
(Arrodillándose á los piés de William y tomándole una mano.)
¡Calma tu pecho angustioso
y tu amargo frenesí!
¿No soy de tu sangre parte?
¡Pues yo vengo á rescatarte!
¿Qué honra mayor para mí?

WILLIAM. ¡No consiento, no consiento
tan horrible sacrificio!

MARG. (¿Y la pena del suplicio?
(Con viveza y emocion creciente.)
¿Y la infamia del tormento?...)

WILLIAM. (¿Y la amorosa pasion
que en tu pecho se dilata?...)

MARG. (¡Cuando de la honra se trata,
se retuerce el corazon!)
(Con decision y heroismo.)
Rutilio, ya conoceis
(Alto y aparentando serenidad.)
mi voluntad.

RUTILIO. (¡Oh, sorpresa!)

MARG. ¡Irrevocable promesa!

RUTILIO. ¿Y cuándo?... (Sonriendo friamente.)

MARG. ¡Cuando gusteis!

RUTILIO. Mil gracias. Dispuse ya
todo lo más necesario:
los testigos, el notario...
(Con tono de incredulidad.)

MARG. ¡Pues ahora! (Con rapidez y resolucion.)

RUTILIO. Bien está.
(Haciendo una cortesía respetuosa á Margarita. Sale Rutilio por el fondo izquierda. William queda perplejo y anonadado. Margarita se retira á un lado de la escena, sollozando y cubriéndose los ojos con el pañuelo.)

ESCENA XIV.

WILLIAM y MARGARITA.

MARG. (En cuanto arranque al baron

(Con voz reconcentrada y casi llorando.)
esa carta maldecida,
ven, Rodolfo, por la vida
de mi pobre corazon!
¡Ven sin demora al castillo,
y en desquite á tus agravios,
clava el perjurio en mis labios
con la punta del cuchillo!) (Pausa breve.)
(Hace un poderoso esfuerzo para dominar su amarga y difícil situacion. William levanta la cabeza y fija los ojos en Margarita con asombro y pena.)

WILLIAM. ¡Oh, qué has hecho, desdichada!
MARG. Padre, cumplir mi deber.
WILLIAM. ¿Y vas, hija mia, á ser
á tal mónstruo condenada?
(Levantándose del sillon. Rumor de voces al foro.)
MARG. ¡Comienza la gente á entrar,
disimulemos, por Dios!
¡Quédense para los dos
el disgusto y el pesar!
(William se retira á un extremo del escenario. Margarita hace un poderoso esfuerzo como para dominarse. Entra Rutilio por el foro izquierda acompañado del Notario y dos testigos que aparentan por sus trajes ser personas principales; siguen despues Ledia y el Coro. El Notario se queda de pie junto á la mesa, extiende un rollo de papel y comienza la ceremonia por el órden que determina el diálogo.)

ESCENA XV.

MARGARITA, LEDIA, WILLIAM, RUTILIO, NOTARIO y CORO GENERAL.

CANTADO.

CORO. (Yo no salgo
de mi asombro,
ni me puedo
convencer,

que se case
Margarita
si recuerdo
lo de ayer.
Ella es jóven,
y se casa
con un gallo
solteron;
de seguro
le sucede
lo que á todos
al baron.)

—

(¡Algo aquí pasa, de fijo!
¿Qué será, qué no será?...
Pero, ¡bah,
haya boda y regocijo,
pues al fin lo mismo da!)

—

NOTARIO. El conde William Belfort.
(Llamando con solemnidad.)
padre de la contrayente...
WILLIAM. (¡Oh, justo cielo!) Presente.
(Aproximándose al Notario.)
NOTARIO. ¡Firmad! (Le presenta la pluma.)
WILLIAM. (¡Dios mio!)
(Lleno de angustia y vacilando.)
MARG. (¡Valor!)
(Á William inspirándole decision. Firma William y vuelve á su puesto maquinalmente. El Notario hace como que escribe algunos renglones debajo de la firma de William y continúa despues llamando á los contrayentes y testigos.)
NOTARIO. El baron de san Marcial!...
(Rutilio se aproxima á la mesa.)
Rutilio Guálter... Aquí.
(Señalándole el sitio en que ha de firmar. Rutilio firma.)
Ahora la novia.
MARG. (¡Ay de mí!)
(Aterrada, pero disimulando su agonía.)
WILLIAM. (¡Dios santo! ¡Dios eternal!) (Anonadado.)

(Hace Margarita un poderoso esfuerzo, y sobreponiéndose á los impulsos de su corazon y dominando su angustia, se aproxima á la mesa y toma la pluma de mano del Notario, pero al ir á firmar suena la voz de Rodolfo y cae arrodillada al pie de la mesa. Ledia se habrá colocado cerca de Margarita. Asombro general.)

—

RODOLFO. Las aguas de los mares
(Fuera á la derecha.)
cuando resbalan,
reflejan en sus ondas
mis esperanzas.
¡Ay, mi fortuna,
si tambien son, como ellas,
viento y espuma!

—

¡No haya temor,
no lo serán,
firme es su amor,
tierno su afan:
ántes que hacer
negra traicion,
se ha de romper
su corazon!

—

MARG. (¡Piedad, Rodolfo mio!)
Me matas... ¡Oh!
(Cayendo desmayada contra la mesa.)
WILLIAM. (Espantado.) ¡Gran Dios!
RUTILIO. (Que el fiero mar te trague,
maldito pescador!) (Con rabia desde el balcon.)
(Ledia levanta del suelo á Margarita. Asombro general.)

—

RODOLFO. ¡Ántes que hacer (Más próxima la voz.)
negra traicion,
se ha de romper
su corazon!
WILLIAM. (¡Castigo de mi culpa,
(Margarita vuelve en sí.)
castigo celestial!)

RUTILIO. Hermosa Margarita,
(Cerca y con aparente solicitud.)
en tanto os recobrais,
yo juzgo que el contrato,
debemos aplazar.
(¡Entrego á vuestro padre,
(Con rapidez y entereza.)
si al punto no firmais!)
(Margarita levanta la cabeza como impelida por un resorte, toma la pluma del Notario, pero vacila de nuevo.)

—

CORO. ¡Se turba su cara,
(Contemplando los movimientos de Margarita.)
no está muy tranquila;
de nuevo se para,
de nuevo vacila;
ocúltase en vano
su pena cruel,
retira la mano,
no firma el papel!

—

RUTILIO. Está mejor la novia,
podemos continuar. (Á todos.)
(Margarita hace un esfuerzo supremo y firma.)

—

NOTARIO. Ahora los testigos. (Llamando.)
(Destácanse del fondo cinco personas, los dos testigos que han entrado con Rutilio, otros dos de la servidumbre del castillo, pero de la más alta, y Rodolfo que avanza resuelto por delante de los cuatro hasta la mesa. Al verlo, retrocede espantada Margarita. Asombro general.)

MARG. ¡Gran Dios!
RODOLFO. (Á Margarita.) ¿Por qué temblar?
¿Acaso no contabas
con un testigo más?

ESCENA XVI.

DICHOS y RODOLFO.

RUTILIO. ¡Prended al insensato (Al Coro.)

que así viene á turbar
la calma y el reposo
de tal solemnidad!
(Movimiento en el grupo de coristas hácia Rodolfo.)

RODOLFO. ¡Cobarde, miserable! (Á Rutilio.)
¡Atrás, canalla, atrás!
(Al Coro con desesperacion: el Coro retrocede.)
¡Si dais un sólo paso
os mato sin piedad!

RODOLFO. En las flores más hermosas,
el reptil duerme traidor,
y en las frases cariñosas
la perfidia del amor.
¡Yo, que ciego la quería,
ver no pude, por mi mal,
la ponzoña que escondía
en sus labios de coral!

—

MARG. Ilusiones amorosas
de mi sueño encantador,
sois fugaces y engañosas
como nubes de vapor.
Yo, que ciega lo quería,
ver no pude por mi mal,
el arcano que escondía
la desgracia paternal.

—

RUTILIO. Exigencias vergonzosas
y humillantes del amor,
me someten, caprichosas,
á los piés de un pescador.
Deslumbrada el alma mia,
ver no quiso, por su mal,
lo muy poco que valía
el baron de san Marcial.

WILLIAM. ¡Amenazas pavorosas
que me llenan de terror,
ó torpezas amorosas

que empañar pueden mi honor!
¡Yo, que en santa paz vivía,
ver no pude, por mi mal,
la desgracia que escondía
mi cariño paternal!

—

LEDIA. ¡De estas farsas peligrosas
es mi culpa la mayor;
si averiguan estas cosas
Dios me preste su favor!
¡Yo, que el riesgo conocía,
ver no quise, por mi mal,
que el enredo al fin se haría
un enredo general!

—

CORO. Las palabras dolorosas
de este pobre pescador
son terribles, son furiosas,
y me llenan de estupor.
¡Yo, que en vano discurría,
ver no pude, por mi mal,
que la bo la causaría
un disgusto general!

—

WILLIAM. ¡Atad á ese villano, (Por Rodolfo al coro.)
y no haya compasion!
RODOLFO. ¡Yo reto á ese cobarde, (Á Rutilio.)
si tiene corazon!
(Da algunos pasos atras y se pone en guardia, de espalda al coro y esperando á Rutilio. El coro lo sujeta, pero al descomponerse el grupo de coristas aparece el Ermitaño al fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y el ERMITAÑO.

ERMIT. ¡En nombre de los cielos,
(Al coro con entereza y autoridad religiosa. Asombro general.)
dejadle en libertad!

WILLIAM. ¡Mis órdenes cumplid!
(Con severidad y decision al coro.)

ERMIT. ¡Atrás, William, atrás!
(Bajando hasta colocarse en medio de William y Rutilio.)
(¡Ó entrego al regicida
al príncipe real!)
(Con viveza y terrible amenaza. William retrocede con disgusto.)

MARG. ¡Por Dios, Rodolfo mio!
(Suplicante á Rodolfo.)

RODOLFO. ¡Deja, déjame en paz!
(Con desden y altivez á Margarita.)

MARG. ¡Perdon, misericordia!

RODOLFO. ¡Perdon, perdon... jamás!...
(Con locura y fiereza.)
¡Desprecio
tan sólo
merece
tu amor;
infamia,
desprecio
tu negra
traicion.
¡Imbécil
del hombre
que empeña
su fé;
maldito
por siempre
maldito
tambien!
(Margarita, asida de las manos de Rodolfo, pugna por retenerlo, y este por desasirse.)

TODOS. La mala
ventura
de pronto
cayó,
sembrando
desdichas
y fiero
rigor.

¡Qué pasa,
Dios mio,
qué pasa,
no sé;
parece
del cielo
castigo
cruel!

MARG. ¡Rodolfo! (Casi al foro.)
¡Bien mio!

RODOLFO. ¡Aparta!

MARG. ¡¡Perdon!!

RODOLFO. ¡¡Maldita
por siempre
tu infame
traicion!!

(Rodolfo rechaza á Margarita, que cae desmayada en brazos de Ledia y desaparece por el fondo derecha entre al asombro general. El Ermitaño contiene con su actitud á William y Rutilio que permanecen aterrados. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cámara ochavada.—Á la derecha, en segundo término, dos grandes ventanas de vidrieras, la del segundo término practicable, y ambas de primorosa ornamentacion bizantina.—Á la izquierda dos puertas que comunican con el interior del castillo.—Al fondo otra puerta: mesa y sillon á la izquierda: taburetes en diferentes puntos de la escena: una gran lámpara sobre un zócalo, y en el ángulo de una ochava, dispuesta de modo que pueda apagarse cuando lo determine la sécion de la fábula.

Preludio en la orquesta á telon corrido.—Al terminar el preludio aparece Rutilio por la segunda puerta izquierda, visiblemente preocupado.—Pausa conveniente.

ESCENA PRIMERA.

RUTILIO.

¡Oh, qué ansiedad y qué noche!
¡Qué noche tan larga! El tiempo,
que es para el goce un relámpago,
es para el dolor eterno.
(Suenan las tres en el reloj del castillo.)
Las tres: aún faltan dos horas.
¡Dos horas de sufrimiento!
Miéntras no despunte el alba,
no descanso, no sosiego,

¿Dónde iré con Margarita?
¿Dónde, que ponga á cubierto
mi seguridad? ¡No sé!
Lóndres, París... no, más lejos,
mucho más lejos .. América,
el Polo Antártico... creo
que hasta en el Polo he de hallar
á ese aborto del infierno!
Mas, ¡oh, Dios! ¿Quién es, quién es
ese penitente austero
que aparece ante mi vista
como un castigo del cielo?
¿Qué quiere de mí? ¿Qué quiere
ese fantasma siniestro,
negro como mi conciencia,
y como mis culpas negro?
Imposible adivinar,
no doy con él, no recuerdo.
(Suena el oleaje del mar.)
¡Hola, parece que el golfo
tambien se agita soberbio!
¿Habrá tempestad?... quién sabe:
todo, todo me lo temo.
(Se asoma á la ventana.)
Mucha bruma, gran marea,
y algunas rachas de viento.
(Cierra la ventana. Tiburon desde la puerta del fondo.)

ESCENA II.

RUTILIO y TIBURON.

TIBURON. Señor baron...
RUTILIO. Adelante.
¿Está ya todo dispuesto?
TIBURON. Lo está.
RUTILIO. ¿La silla de postas?...
TIBURON. En el patio grande.
RUTILIO. Bueno.
¿Saben que hemos de partir?
despues de la boda?

TIBURON. ¿Que hemos?...
RUTILIO. Nosotros, se entiende.
TIBURON. ¡Ah! vamos.
RUTILIO. Tú haces falta aquí.
TIBURON. Convengo.
RUTILIO. Miéntras no consigas...
TIBURON. ¡Justo,
los dos golpes!
RUTILIO. No hables recio.
(Indicando al cuarto próximo)
¿Y has concertado tu plan?
TIBURON. Mañana los escabecho.
RUTILIO. ¡Chit!... más bajo.
TIBURON. Pues mañana
los despabilo!
RUTILIO. ¡Silencio!
(Este zarramplin del diablo
ó es muy ladino ó muy necio.)
TIBURON. (Se me pasan unas ganas
de retorcerle el pescuezo...)
RUTILIO. ¿Y de Rodolfo, qué sabes?
TIBURON. ¡Que está en capilla!
RUTILIO. No es eso.
¿No te llama la atencion
que un pescador liso y neto
haya podido lograr
fortuna en tan poco tiempo?
TIBURON. Se dice que en un naufragio
salvó un rico cargamento,
por cuyo hermoso rescate,
segun tambien me dijeron,
le dió el armador del buque
seiscientas libras de premio.
RUTILIO. Y trabaja con sus lanchas
y multiplica el dinero,
¡mas siempre será un palurdo!...
TIBURON. ¿Un palurdo?... ¡Ni por pienso!
pues aunque viste de lana
tiene poco de borrego.
Sabe leer y escribir,
compone fáciles versos,
se produce como un lord

(Marcando las palabras)
y discurre como un viejo.

RUTILIO. ¿Te estás burlando?

TIBURON. Es la pura
verdad. Y lo más soberbio
del caso es, que nadie sabe
de dónde vino el mochuelo.
En un puerto de la Suecia
lo recogió un marinero,
lo empaquetó en su brik-barca
y se lo trajo á este pueblo.

RUTILIO. ¿Le daría educacion?...

TIBURON. Sí, la educacion del remo.

RUTILIO. Es particular. Entónces,
¿cómo diantre?...

TIBURON. Por su mérito.
Porque en lugar de trasnoches,
tabernas y jubileos,
él se pasaba en la escuela
las horas con el maestro.

RUTILIO. (Medio recoloso.)
¿Hablas de él con entusiasmo?...

TIBURON. La justicia lo primero.
Mas esto no quita para...
que yo la quite de enmedio.
¡Chit... la vieja!
(Asoma Ledia por la primera puerta izquierda.)

RUTILIO. ¡Bien! (Sepamos
lo que ocurre por ahí dentro.)

ESCENA III.

DICHOS y LEDIA, que entra por la puerta del fondo.

RUTILIO. ¿Sigue mejor?...

LEDIA. (Con alguna tristeza.) No parece
que adelanta mucho.

RUTILIO. ¿Pero
se encuentra más sosegada?...

LEDIA. Lo mismo.

RUTILIO. ¡Qué contratiempo!
Y es necesario partir
con el alba...

TIBURON. (¡Lo veremos!)
RUTILIO. ¿Y el conde?...
LEDIA. En su compañía.
TIBURON. (¡Pobre Margarita!)
RUTILIO. (Tiemblo
como si tuviera azogue.
¡Oh, qué noche, qué tormento!)
(Quédase abstraido y silencioso. Pausa brevísima.)
TIBURON. (¿Conque se la lleva al fin?...) (Á Ledia.)
LEDIA. (¡Se la lleva!) (Á Tiburon.)
TIBURON. (Á Ledia.) (¡Pues protesto!)
LEDIA. (¿No es ya su esposa?...)
TIBURON. (¿Su esposa?...
Falta mi consentimiento.)
RUTILIO. (La idea de ese Ermitaño
(Rutilio de mal talante.)
pesa sobre mi cerebro
como una losa de plomo!...
¿Quién será?... No lo recuerdo.
Necesito descansar
un breve espacio... no puedo
tenerme en pie.) Tiburon, (Alto.)
por si hay novedad te dejo
de centinela, no olvides
que apenas quiebre reflejos
el albor...
TIBURON. Id descuidado.
RUTILIO. Ya sabes, en mi aposento.
(Váse sombrío y lentamente por la segunda puerta izquierda.)
TIBURON. (Desde la puerta á Rutilio.)
¡Anda con Dios, y ojalá
goces de tan largo sueño,
que si despiertas, despiertes
en el mismísimo infierno!

ESCENA IV.

TIBURON y LEDIA.

TIBURON. (Paseando por la escena.)
¿Conque se la lleva al fin,

conque por fin se la lleva,
conque se chupa la breva
ese pícaro mastin?...
¿Conque van á la ciudad,
conque abandonan el golfo,
conque al mísero Rodolfo
se le mata sin piedad?...

LEDIA. ¡Ay, Tiburon, ay de mí!
(Llorando y siguiendo á Tiburon en su paseo.)

TIBURON. ¡Nunca, voto á una legion!
(Sin parar mientes en lo que habla Ledia.)

LEDIA. ¡Ay, Tiburon, Tiburon, (Id.)
qué desdichada nací!

TIBURON. ¡Inventar es necesario
una diabólica trama!
(Sin hacer caso de Ledia, pero parándose como pensativo.)

LEDIA. ¡Ay, Tiburon, cuando se ama...

TIBURON. No se la lleva, ¡canario!
(Como si hubiese dado con una idea.)

LEDIA. Cuando en el pecho se encierra
un amor profundo, y cuando ..

TIBURON. ¿Pero de qué estás hablando?...
(Interrumpiéndola con disgusto.)

LEDIA. ¡De los patos de tu tierra! (Indignada.)

TIBURON. ¡Pues mira que el horno está (De mal talante.)
para bollos!

LEDIA. ¿Y á mí qué?

TIBURON. ¡Ni á mí!

LEDIA. ¡Yo te lo diré!

TIBURON. ¡Ledia! (Furioso.)

LEDIA. ¡Lo mismo me da!
(Con desprecio y burla.)

TIBURON. (Mostrándose razonable.)
¡Pero oye, mujer, escucha,
y basta ya de quimeras!

LEDIA. ¡Valiente pez!

TIBURON. Como quieras.
¡Tú sí que estás buena trucha!

LEDIA. ¡Te haré del castillo echar
por lo ingrato y lo cerril!

TIBURON. ¡Oh, venganza mujeril!

Adios, me va á destronar.

LEDIA. ¡No me engañas, soy un lince!

TIBURON. Y eso á los cuarenta y pico...
¡diantre, para el diablo chico
que te atrapara á los quince!

LEDIA. (Yendo hácia él furiosa.)
¡Pillo, canalla, bribon!

TIBURON. (Encolerizado y rabioso.)
Oye, nieta del infierno,
sobrina del Padre Eterno,
tia de la creacion,
con ese rostro de agraz
me tienes ya frito y harto;
sé que no tienes un cuarto:
¿me quieres dejar en paz?

LEDIA. ¡El interés, cosa rara,
cosa rara, ya salió;
todos lo mismo!

TIBURON. ¡Pues no,
te iba á querer por tu cara!
¿Olvidas en tus enojos
que una píldora purgante
se la dora lo bastante
para que engañe los ojos?
Pasion que á las viejas urga,
si á jóvenes acomoda,
hay que dorarles la boda
para que traguen la purga.

LEDIA. ¡El negocio, el interés,
(Subiendo el tono, despechada é hiriendo el tablado con el pie.)
qué peste, Señor, qué peste!
(Aparece William por la primera puerta de la izquierda con Margarita del brazo que se manifiesta sumamente abatida.)

WILLIAM. ¿Hola... qué alboroto es este?
(Con dureza y severidad desde la puerta.)
¡Despejad!

LEDIA. (¡Hasta despues!)
(Á Tiburon con tono amenazante y tirándole un pellizco. Tiburon se va por la segunda puerta de la izquierda. Ledia por la del fondo. Margarita se

sienta en un taburete. El conde en un sillon y cerca de Margarita; ésta apoya un brazo en las rodillas de William.)

ESCENA V.

WILLIAM y MARGARITA.

WILLIAM. (Con gran ternura.)
Margarita, pues que ya
te encuentro más sosegada;
pues que la nueva alborada
en lucir no tardará;
pues que el sacerdote va
con su santa bendicion
á hacer perpétua tu union
y tu desgracia infinita,
Margarita, Margarita,
muéstrame tu corazon!

MARG. (Con dulce reconvencion.)
¡Oh, jamás; padre querido,
que es temeraria locura
despertar la calentura
del leon que está dormido!
(Señalando al corazon.)
Duerma en paz, y su latido
ninguna pasion denote:
el recuerdo es un azote
que pudiera despertarlo,
y entónces, ¿cómo llevarlo
á los piés del sacerdote?

WILLIAM. ¡Verdad, hija mia, sí!
Comprendo el triste suplicio
y el amargo sacrificio
que te has impuesto por mí.
Mas dí, Margarita, dí,
¿no tienes, á la verdad,
entre tan fiera ansiedad
y entre tan infausta suerte,
como el condenado á muerte
tu postrera voluntad?

MARG. Una tengo.

(Como quien se alivia de un peso.)

WILLIAM. ¡Pues te juro
como á sagrado mirarla,
y cumplirla y respetarla
ciegamente!

MARG. ¡De seguro
te enoja, me lo figuro!

WILLIAM. (Suplicando cariñosamente.)
Vamos, habla sin temor.

MARG. Es una prenda de amor,
¡un tiempo tan lisonjera!
que hoy devolverle quisiera
á Rodolfo el pescador.
(Transicion. Pausa conveniente y con entonacion narrativa.)
Con ansia esperando un dia
¡á qué negarlo! á Rodolfo,
en la márgen de ese golfo
que el poniente sol hería,
llena de melancolía,
mitad gusto, mitad duelo,
vino en su amoroso anhelo,
sin poderla contener,
una lágrima á caer
silenciosa en mi pañuelo.
Un brazo se adelantó
blandamente por mi espalda,
y rápido de la falda
el pañuelo arrebató.
En él un beso crujió,
y apenas su labio toca
mi lágrima, triste y loca,
se disipa de repente
en la llamarada ardiente
(Con deleite amoroso.)
del beso de aquella boca.
Confusa un punto quedé,
bajé los ojos, y luégo
de aquella boca de fuego
estas frases escuché:
«Margarita, si es tu fe
»tan inmensa, tan profunda

»como el amor que me inunda,
»como el volcan que me quema,
»este ha de ser el emblema
»que nos ate y nos confunda.»
Dijo, y el lienzo rasgando
con pasion y ceguedad,
me dejó con la mitad
y huyó con la otra volando.
Quedéme absorta mirando
aquel emblema y tesoro
del bien que perdido lloro,
cuando de su blanco encierro, (Con misterio.)
cayó un anillo de hierro
con unas cifras en oro.
¡Dulce prenda, fiel testigo
(Sacando el anillo y contemplándolo con arrobamiento.)
de mi ventura pasada,
que hallaste aquí tu morada
(Señalando al corazon.)
de un juramento al abrigo:
al dejar el seno amigo
que darte supo calor,
á Rodolfo el pescador
lleva con ansia infinita
de la pobre Margarita,
otra lágrima de amor!
(Besa la sortija con apasionado frenesí. Pausa conveniente.)

WILLIAM. ¿De hierro y oro?...
(Como herido por una idea repentina.)

MARG. Cabal.

WILLIAM. Parece cosa de hechizo.

MARG. ¿Por qué?

WILLIAM. Porque en tu bautizo
dí á don Ramiro otro igual,
con la promesa formal
de unirte á su tiempo y dia
con un hijo que él tenía...
¡Mas poco el trato duró,
pues que con su hijo murió
cuando de la India volvía!

Prosigue...

MARG. Las cifras son
varias letras, coronadas
por dos manos enlazadas.
(Mostrando la sortija.)

WILLIAM. ¡El anillo... maldicion!
(Levantándose del asiento. Reconociéndolo y lleno de asombro.)

MARG. ¡Oh! (Entregando el anillo á William.)

WILLIAM. ¡El mismo, el mismo, sí...
un pescador!...

MARG. (Desconcertada.) ¡Ay de mí!

WILLIAM. Aunque se halle en un destierro,
(En el colmo de la desesperacion.)
no me paro, no me aterro,
yo necesito saber
cómo llegó á su poder
esta sortija de hierro!
(Váse rápidamente por el fondo izquierda.)

ESCENA VI.

MARGARITA queda como anonadada.

CANTADO.

Lágrimas mias,
¿en dónde estais
que de mis ojos
ya no brotais?
El fuego ardiente
de una pasion,
seco ha dejado
mi corazon.
¡Ay de mí,
qué triste y desolada,
para llorar nací!

—

Como cayendo
las hojas van

á los impulsos
del huracan;
así han caido
con mi dolor
las ilusiones
de tanto amor.
¡Ay de mí,
que triste y desolada,
para llorar nací!

—

La vista se me nubla,
sufrir no puedo más;
yo vacilo, yo me ahogo,
favor... socorro... ¡ah!

(Cae desmayada sobre el sillon. Pausa breve. Empieza la tempestad poco á poco. Entra Ledia por el fondo.)

ESCENA VII.

MARGARITA y LEDIA. Aquella permanece desmayada hasta que lo determina el diálogo.

LEDIA. Me pareció haber oido
pedir favor. . ¿Qué estoy viendo?
(Repara en Margarita.)
¡Desmayada! Lo comprendo:
y pegará un estallido.
¡Señora... señora! (Llamándola.) ¿Y cómo
me las compongo yo ahora?
¡Señora! (Vuelve á llamarla.) Nada. ¡Señora!...
Está lo mismo que un plomo.
Quizá la brisa del mar...
(Se dirige hácia la ventana, la abre, y en el mismo punto penetra un relámpago y retumba el trueno.)
¡Santa Bárbara bendita, (Santiguándose.)
que en el cielo estás escrita,
vaya una noche! Á cerrar.
(Ledia hace esfuerzos por cerrar las hojas de las ventana que resisten entornadas.)

¡Caracoles! Á no ser
porque oigo el viento, creyera
que álguien empuja por fuera.
(Insistiendo por cerrar.)
¡Que si quieres, no hay poder!
(Se abren de par en par las hojas de la ventana, se ve á Rodolfo á horcajadas en al alféizar, y una ráfaga de viento apaga la lámpara.)
¡Jesús, Vírgen soberana! (Espantada.)
¡Qué miedo, qué horror, qué frio,
sin luz... á oscuras... Dios mio!...
(Reparando en Rodolfo.)
y el diablo por la ventana!
(Váse fondo, aturdida y tropezando. Pausa conveniente: se apacigua la tempestad.)

ESCENA VIII.

RODOLFO.

¡Llegué: Rodolfo, valor! (Saltando á escena.)
Sombra... quietud... soledad.
¡Para matarla, señor,
cuanta más sombra, mejor;
mucha, mucha oscuridad!
¡Que no mire, que no vea
su hermosura peregrina,
luz que al alba centellea,
paraiso que recrea,
ilusion que me fascina!
¡Pues si llego á vislumbrar
el sol que en sus ojos arde,
de mi despecho á pesar
temblaré como un cobarde (Casi sollozando.)
y no la podré matar!
(Desde la ventana al golfo.)
Golfo que ruges violento,
si como tienes poder
tuvieras mi pensamianto,
¡oh mar, podrías barrer
las estrellas con tu aliento!
Podrías, rotos los lazos

de las frágiles arenas,
hacer al mundo pedazos
entre el vigor de tus brazos
ó bajo tus ondas llenas.
Para ahogar el mundo en tí
ó para escalar los cielos,
mónstruo de agua, ¡ven á mí,
entra y arranca de aquí (Señalando al corazon.)
la tempestad de los celos!
(Con exaltacion y brío. Un trueno lejano. Pausa brevísima.)

MARG. ¿Dónde estoy?... (Como despertando.)
RODOLFO. (Con emocion.) (¡Ella, Dios fuerte!)
MARG. ¡Qué oscuridad!...
(Levantándose y dando algunos pasos como para salir.)
RODOLFO. (¡Decision!)
MARG. ¡Ledia!... (Llamando asustada.)
RODOLFO. ¡Calla! (Próximo á Margarita.)
MARG. ¡Maldicion!
(Retrocediendo espantada.)
¿Quién entra, quién va?...
RODOLFO. ¡Tu muerte!
MARG. ¡Rodolfo! (Reconociéndolo.)
RODOLFO. ¡Tu expiacion!
(Tomándole una mano.)
(Levanta el brazo Rodolfo para descargar el golpe. Margarita cae de rodillas, y un brillante relámpago, entrando por la ventana, ilumina la estancia. El puñal se cae de la mano de Rodolfo y queda como alucinado contemplando á Margarita arrodillada.)
RODOLFO. (Rodolfo mira estático á Margarita.)
¡Oh, Jesús!...
MARG. (Con decision.) ¡Hiere!
RODOLFO. Traidor
(Como apostrofando á la tempestad y mirando á la ventana.)
relámpago brillador,
¿te envía la nube fiera,
ó eres lumbre mensajera
de la gloria de mi amor?

vivo destello fugaz
de su hermosura galana,
limpio reflejo de paz,
¿entraste por la ventana
ó brotaste de su faz?
(Señalando á Margarita.)

MARG. ¡Morir, morir apetezco;
de un solo golpe desata
mi existencia, lo merezco;
no vaciles... hiere... mata...
(Con rápidez y desesperacion.)
si no matas, te aborrezco!

ESCENA IX.

DICHOS, WILLIAM, ERMITAÑO y PAJES con hachas; luégo RUTILIO y TIBURON.

WILLIAM. ¡Alumbrad! (Fuera fondo izquierda.)

MARG. ¡Ay de los dos!
(Margarita con horror, replegándose con Rodolfo á la derecha.)

WILLIAM. ¡Aquí las hachas!
(Desde la puerta. Entran delante de William dos pajes con hachas.)
¡Entrad,
(Al Ermitaño que le sigue.)
entrad padre, y perdonad!
¡Qué es lo que miro, gran Dios!
(Estupefacto al ver á Rodolfo y Margarita.)

ERMIT. (¡Ah, Rodolfo!) (Con alegría.)

WILLIAM. ¿Y aun se atreve
en el dia de la boda?
¡Á mi honor tu sangre
no ha de bastar, hombre aleve!
¡Voy á espantar el castillo
con la venganza que hoy tomo!...
Mas ántes, sepa yo... el cómo
llegó á tu mano este anillo! (Mostrándoselo.)

RODOLFO. No lo sé. (Con indiferencia y sequedad.)

WILLIAM. Lo robaría.

RODOLFO. ¡Tal insulto!...
(En actitud de lanzarse sobre William.)
ERMIT. Calla, calla.
(Conteniéndole y con autoridad.)
¡Yo os lo diré! ¿Dónde se halla (Á William
Rutilio?
WILLIAM. (Con disgusto.) No sé, á fe mia.
ERMIT. ¡Pues que se le busque haced
sin espacio ni demora,
porque ha sonado la hora
de la justicia!
WILLIAM. ¿Sí? ¡Ved!
(Dirigiendo la vista á la izquierda, por donde entra Rutilio seguido de Tiburon.)
ERMIT. Llega á tiempo.
RUTILIO. (¡Oh!)
(Sorprendido al ver al Ermitaño, con gran confusion y parándose en la puerta.)
ERMIT. Adelante,
señor baron. (Con familiaridad irónica.)
RUTILIO. ¡No os comprendo!
(De mal talante al Ermitaño.)
¡Qué pretendeis?... (Con altivez.)
ERMIT. ¿Qué pretendo?
¡Tened paciencia un instante!
RUTILIO. (¡Estoy perdido!) (Confuso.)
ERMIT. (¡Ay de tí!)
(Con tono amenazante.)
¡Para cumplir con la ley,
William, y en nombre del rey,
nadie se mueva de aquí!
WILLIAM. (¿Qué será?) (Preocupado y con asombro.)
ERMIT. ¡Mucha atencion! (Á todos.)
(¡Tú sobre todo, Gaspar!)
(Á Rutilio con sonrisa amarga y profundísima intencion.)
RUTILIO. (¡Justo Dios!) (Aterrado.)
ERMIT. ¡Voy á contar (Á todos.)
una historia! (Se coloca al lado de Rutilio.)
RUTILIO. (¡Maldicion!)
(Con espanto. Pausa conveniente.)
ERMIT. Nace y arranca mi historia,

si no es infiel mi memoria,
del año sesenta y tres,
entre la ensenada Gloria
y el cabo de san Andrés.

RUTILIO. (¡Oh, callad!) (Al Ermitaño.)

ERMIT. (¿Pasas mal rato? (Á Rutilio.)
Á bordo de un bergantin
fletado en la India... (¡Insensato,
(Hace Rutilio un movimiento de impaciencia.)
has de tragar el relato
(Á Rutilio con fuerza.)
desde el principio hasta el fin!)
Un caballero breton
partió con alma angustiosa
de aquella indiana region,
dejando allí el corazon
en la tumba de su esposa!
(Comienza á brillar el dia gradual y paulatinamente durante el relato de esta historia.)
El caballero llevaba
un hijo á quien adoraba,
y en calidad de criado
un dinamarqués, ¡malvado!
(Mirando á Rutilio.)
en quien ciego confiaba.
Tenía el tal caballero
cuando de la India volvía,
muchas joyas y dinero...
Di, ¿como cuánto tendría?... (Á Rutilio.)
¿Tú no lo sabes?... (Con punzante sorna.)

RUTILIO. ¡Ni quiero!
(Con dureza y desesperacion.)

ERMIT. Pues bien; sucedió una tarde,
ya casi al anochecer,
que aquel servidor cobarde,
en un hipócrita alarde
dejando el llanto correr,
subió á cubierta diciendo:
«¡Todo para mí acabó!
»¡El amo se está muriendo!
»¡Socorro, bajad corriendo!...»
Toda la gente bajó.

¡Sobre la litera, inerte
el caballero se advierte;
pero se advierte en su faz
ese síntoma tenaz
mezcla de crímen y muerte!
En la sospecha horrorosa
envuelto el criado fué...

RUTILIO. ¡Miente quien diga tal cosa;
(En un arrebato de indignacion.)
se murió, no le maté!

ERMIT. ¡Qué confesion tan hermosa!

RUTILIO. ¡Basta!

ERMIT. ¡Sí, tu confesion
desnudo te ha presentado!
¡Saludemos al baron,
(Á todos con énfasis irónico.)
en otro tiempo criado
del caballero breton!

RUTILIO. Pero, ¿quién eres?... ¿Quién eres...
engendro de Satanás?...

ERMIT. ¡Calma, no te desesperes! (Con naturalidad.)
¡Si saber mi nombre quieres,
muy pronto á saberlo vas!

RUTILIO. ¡Paso!
(Queriendo escapar. Tiburon le cierra la salida.)

ERMIT. ¿Tratas de escaparte?...
Lo siento, no puede ser.
¡Sufre y aprende á domarte!

RUTILIO. ¡Acabad, con Lucifer! (Desesperado.)
(Se retiran los pajes á una seña de Tiburon, cierra éste la puerta del fondo, recoge el puñal que habrá tirado Rodolfo en la escena anterior y se vuelve á colocar como de centinela en la segunda puerta izquierda.)

ERMIT. Vaya la segunda parte.
El muerto en el mar quedó,
(Con naturalidad y haciendo una pausa conveniente.)
y á bordo del bergantin
que el caballero fletó
en el indiano confin,
rota escena aconteció.

¡Noche de espeso celaje,
(Acompañando la descripcion con la acc
tono y el gesto.)
hora las diez, el paraje
junto á las costas de Suecia,
tiempo duro, la mar recia,
gran viento, mucho oleaje!
¡La tripulacion dormía,
el contramaestre velaba,
el timonel dirigía,
el mar de proa azotaba
y el barco al andar crujía!
De pronto vieron llegar
cerca del palo mayor,
una sombra singular
que arrojó un objeto al mar
por la borda de estribor.
¡Sonó un grito lastimero!
Apareció un hombre fiero.
¿Sabeis quién era? ¡El criado!
Y aquel objeto arrojado
el hijo del caballero.
Vivo, veloz, de repente,
como un rayo diligente,
el contramaestre rudo
se lanzó á la mar hirviente
¡y alcanzar al niño pudo!
¡Oh, qué noche, con fe ciega
invoca el marino á Dios,
pero se rinde en la brega
y la salvacion no llega
y van á morir los dos!... (Transicion.)
Mas el final de la historia
relate para su gloria
la víctima. ¡Sí, Rodolfo;
cuenta, si tienes memoria,
cómo salimos del golfo! (Asombro general.)

RUTILIO. ¿Quién, él? (Señalando á Rodolfo.)

ERMIT. ¡Él!

RUTILIO. ¡Por Belcebú!
¡Oh, delirais!

ERMIT. ¡No deliro!

RUTILIO. ¿El hijo de don Ramiro?
ERMIT. ¡Y el criado infame tú!
RUTILIO. ¡Pruebas... pruebas!...
ERMIT. ¡Necio afan!
RUTILIO. ¡Mostradlas!
ERMIT. ¡Piensa el villano
que las borró el Oceano!...
¡Te equivocas... aquí están!
(Sacando del pecho un paquetito de papeles y mostrándolos á Rutilio.)
TODOS. ¡Oh! (Con asombro.)
RUTILIO. ¡Jesús! (Confundido y anonadado.)
ERMIT. ¡William Belfort,
(Á William entregándole los papeles.)
por el cielo os aseguro,
y en nombre de Dios os juro,
que Rodolfo el pescador
es el vástago heredero
del conde Ramiro Star!
WILLIAM. ¡Oh, milagro singular!
¿Qué escucho, Dios justiciero?
(Confuso y perplejo.)
La Providencia bendita,
ante quien dócil me humillo,
puso quizás el anillo
en manos de Margarita!
Rodolfo, llegó el instante
de cumplir un pacto honroso.
¡Tuya es mi hija!
MARG. ¡Dios glorioso!
RODOLFO. ¡Señor!... (Embargado de emocion.)
ERMIT. ¿Qué opina el tunante?
(Á Rutilio, que se hallará colocado junto á la ventana.)
RUTILIO. ¡Oh, basta ya!
WILLIAM. ¡Llega pues,
ven, Rodolfo, á mi regazo,
ven, hija, y en un abrazo
Dios nos confunda á los tres!
(Rodolfo y Margarita se arrojan en brazos de William.)
ERMIT. Satisfaccion sin igual...

RUTILIO. (¡Cielos, qué miro! ¡Una escala
que hasta las peñas resbala...
(Señalando á la ventana.)
Probemos!)

ERMIT. (Á Rutilio con rapidez.)
(¡Escapa, sal,
aprovecha la ocasion,
no aguardes á que despierte
Rodolfo, y te dé la muerte!)

RUTILIO. (¡Oh, gracias!)
(Al Ermitaño en actitud de escapar.)

TIBURON. ¡Traicion, traicion!
(Reparando en la fuga de Rutilio y yendo hácia la ventana)

ERMIT. ¡Detente! (Parando á Tiburon.)

TIBURON. ¡Pero mirad
que se escapa!

ERMIT. Ya lo sé.

TIBURON. ¿Y le dejais?...

RODOLFO. ¿Cómo... qué?...
(Confuso y tratando de inquirir.)

TIBURON. ¡Por allí! (Señala á la ventana.)

RUTILIO. ¡Favor, piedad!
(Fuera y con desesperacion.)

TODOS. ¡Oh! (Espantados.)

TIBURON. ¡Se cayó! (Va á la ventana.)

MARG. ¡Dios bendito!

TIBURON. ¡En las rocas se aplastó! (Mirando fuera.)

RODOLFO. ¿Y la escala?

ERMIT. ¡Se rompió
(Mirando al exterior de la ventana.)
al peso de su delito! (Destacando la frase.)

RODOLFO. ¡Cierra, cierra la ventana!

ERMIT. ¡Dios justo!

TIBURON. ¡Muy bien, así...
(Indicando la caida de Rutilio.)
poco que me gusta á mí
tu justicia catalana!... (Señalando al cielo.)

WILLIAM. (Á Tiburon.) Corre y que la gente toda
baje á la capilla.

TIBURON. Bien.
¿Y el sacerdote?

WILLIAM. Tambien.
TIBURON. ¡Rodolfo, tenemos boda!
(Abraza á Rodolfo y desaparece por el fondo saltando de alegría.)
RODOLFO. ¡Oh, Dios mio, me parece
que un sueño tenaz me agita!
¿Pero es verdad, Margarita,
cuanto de nuevo acontece? (Absorto.)
MARG. ¡Oh, sí!
RODOLFO. Padre, y vos... y vos,
qué anhelais? (Al Ermitaño.)
ERMIT. ¿Yo?... ¡Cosa clara,
volver á mi islote... para
encomendaros á Dios!
RODOLFO. Vuestra decision respeto;
mas en pago de mi vida,
con el alma agradecida,
solemnemente os prometo
que Rodolfo el pescador
no ha de olvidar en el mundo
el beneficio profundo
que debe á su salvador.
(Comienza el órgano, que se supone en la capilla del castillo, fondo izquierda, á preludiar los acordes de un *Te Deum*. Trémolo en la orquesta. El Ermitaño se coloca enmedio de Rodolfo y Margarita que se arrodillan y exclama con solemnidad y paulatina entonacion.)
ERMIT. ¡Hijos mios, ya los sones
del órgano religioso
llenan de dulce reposo
los amantes corazones!
(Mucha luz á la derecha de teatro.)
¡Ya el astro providencial
(Señalando á la ventana.)
fundió la tormenta impura,
y á festejar se apresura
vuestra dicha conyugal!
Mas al tiempo de partir
á coronar tanto anhelo,
cuando un ministro del cielo
os va para siempre á unir...

(Les impone las manos sobre la cabeza.)
¡el Ermitaño Ramon
suplica al Omnipotente
deposite en vuestra frente
la celestial bendicion! (Telon pausado.)

FIN DEL DRAMA.

AL MAESTRO CABALLERO.

Mi querido Manuel: No soy ingrato; en el éxito de este drama lírico tú tienes una gran parte. Te da públicamente las gracias tu entrañable amigo y compañero

Márcos.

RERÍA DE ANTONINO ROMER

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
TICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
Estados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)

POR

ON JERÓNIMO BECKER

bra, que acaba de ponerse á la venta, en amplio y fiel extracto los principales examina con imparcialidad la historia señala sus defectos y expone con minutalles lo referente á las relaciones exte- España, siendo, por tanto, de gran inteconocer de un modo exacto el aspecto ico de la cuestión cubana.
no en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN
DE LAS
DE LOS REINOS DE LAS INDIAS
mandadas imprimir y publicar

POR

AJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la ndias del Tribunal Supremo de Justicia, robación de la Regencia provisional del

tomos en folio, 50 pesetas.

LIÓFILOS ESPAÑOLES

ón completa de todos los tomos publiesta sociedad, de que se hallan la maagotados.
blicados 38 tomos en 4.º—Precio, 900

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACI

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Nogueira Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 pese

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicad hasta el día, y adicionado con un considerab número de voces que no se encuentran en nir guno de ellos á pesar de hallarse consignadas e el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN
Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.